ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA.

Tap
4.0

LA FIEBRE DEL DIA

POR

RAFAEL TORROMÉ.

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA.
1887.

AUMENTO Á LA ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración.
2	2	A caza de 50 duros	1	D. Adolfo Gil Porro	Todo.
3	3	Afortunado en el juego-j. o. p.	1	Sres. Rubio y Rivero	»
4	2	A la luna de Valencia	1	M. Martínez Barrio nuevo.	»
4	3	A tiempo vino mi herencia	1	Antonio Clavero	»
2	2	A vivir—j. o. p.	1	Ramon de Marsal	»
5	1	Bou-Amema	1	José Fambuena	»
»	»	Conflicto matrimonial	1	Julian García Parra	»
»	1	¿Cual de los dos? (monologo)	1	Francisco Soriano	»
2	2	Diente por diente—j. o. v.	1	Fiacro Iráyzoz	»
4	2	El rellogat	1	Francisco Soriano	»
5	1	El Marsellet	1	Estanislao Mañez	»
5	2	El habit no fá el fraré	1	Estanislao Mañez	»
»	»	El ramilete	1	Augusto E. de Mádan	»
»	»	El sereno equis	1	Augusto E. de Mádan	»
3	1	El tercer partido	1	Santiago Gascón	»
3	1	El tren del matrimonio	1	Salvador M.ª Cranés	»
3	2	¡El Coco!	1	Francisco Flores García	»
»	»	Entrés por un punio	1	Eusebio Sierra	»
»	»	Felicidades	1	Juan Pérez Zúñiga	»
4	2	Fer les cartes	1	José Fambuena	»
1	3	Golondrina	1	Miguel Ramos Carrión	»
3	2	Hoy se casa mi sobrina	1	Antonio Clavero	»
6	1	Ingeniosa caridad	1	Manuel Diaz de Arcaya	»
6	3	Jugar al Moscardon	1	Julio de las Cuevas	»
4	2	La Botigueta	1	José Fambuena	»
3	3	La familia del miñó	1	Francisco Soriano	»
2	2	La señá Condesa	1	Sinesio Delgado	»
1	3	La Golondrina	1	Miguel Ramos Carrión	«
4	2	La vareta d'els desichos	1	Ricardo Escorihuela	»
4	2	Las consecuencias	1	Juan Alemany	»
4	3	Levantar la caza	1	Pedro de Gorriz	»
3	2	Lo que no ve la opulencia	1	F. Postigo y Acejo	»
5	2	Lo más dels Estornells	1	Pablo Montellá	«
3	2	Los corridos	1	Ramón de Marsal	«
4	3	Los tocayos	1	Vital Aza	»
2	5	Lucha de hermanos	1	Enrique Alvarez	»
1	»	Llorens (monologo)	1	Francisco Soriano	»
»	»	Matrimonios á duro	1	Augusto E. de Mádan	»
4	3	Mixto de inglés y canario	1	Francisco Flores García	»
»	1	Noche-buena (monologo)	1	Francisco Soriano	
8	6	Pepa la frescachona, ó el colegial desenvuelto	1	Ricardo de la Vega	»
4	3	¡Pelaez!—j. o. p.	1	Monasterio y Caldeiro	»
3	2	Ploramiquis	1	Francieco Soriano	»
4	1	Por una errata	1	Enriqua Alvarez	»
»	»	¿Quiere V. comer con nosotros?	1	Mariano Barranco	»
»	»	Recuerdos de un baile	1	Augusto E. de Mádan	»
»	1	Selets	1	Francisco Soriano	»
»	»	Sin comer	1	F. Brito	»
»	»	Susana	1	Enrique Prieto	»
11	5	Ultramarinos	1	Tomás Luceño	»
1	5	Un décimo de la loteria	1	Enrique Alvárez	»
5	1	Un franses de Rusafa	1	Francisco Bellido	»
4	1	Un franses en almasera	1	José Fambuena	
2	2	Una casa de locos	1	Adolfo Gil Porro	»
5	2	En fin... me parece bien	2	Francisco Bellido	«
4	4	L'Hermanico	2	José Fambuena	»
3	4	La señora de Matute	2	Pedro de Gorriz	Mitad.
»	»	Lo blanco negro	2	Pedro de Gorriz	»

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia
2269.

LA FIEBRE DEL DIA.

LIBRERIA DE VALERIANO
SUCR DE R. ESTEBAN
CL DE SN MARTIN Nº 2.
MADRID
GRAN SURTIDO DE COMEDIAS

LA FIEBRE DEL DIA

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON RAFAEL TORROMÉ Y ROS.

Representada por primera vez en Madrid, en el Teatro de la PRINCESA, el 17 de Diciembre de 1886.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	SRTA. MENDOZA TENORIO.
ROSA	SRTA. MARTÍNEZ.
GASPAR	SRES. CEPILLO.
FERNANDO	SÁNCHEZ DE LEÓN.
PABLO	MONTENEGRO.
CRIADO 1.º	ROSELL.
GARCÍA	FORNOZA.
ALONSO	MENDIGUCHÍA.
ENRIQUE	CONTRE.
CRIADO 2.º	MARTÍNEZ.
CRIADO (Ramón)	M. DE LA HOZ.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírica-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á MIS AMIGOS.

Á nadie mejor que á aquellos que mitigaron con su afecto mis aflicciones y que aumentaron depués mis alegrías gozándolas conmigo, pudiera dedicar esta comedia, y entre todos ellos debo significar especialmente la expresión de mi gratitud á los Sres. Luque (D. Ángel), Ortega Munilla, Mellado, Moya, Vargas, Lozano (D. Fernando), Sánchez Pérez, Osorio Bernard, Bark, Danero, Muñiz (D. Enrique), García Alonso, Malagarriga, Taucín y Muzas, que intervinieron, favoreciéndome, en las vicisitudes que ha sufrido esta obra antes de su representación.

Es un deber mío, que cumplo con mucho gusto, consignar aquí también el nombre de mi querido amigo D. Luis Vicen, el cual con la solicitud y el cariño de un hermano, me ayudó y alentó de tal modo, que no hallo frases para encarecer sus acciones dignamente; y esta gratitud y esta consignación mías, alcanzan también á los Sres. Mario, Ramos Carrión y Cárlos Coello, cuyas prudentes observaciones, acogidas por mí con respeto, me fueron de utilidad y y me dieron honra.

Reciban todos esta expresión del agradecimiento y del cariño de su amigo.

R. Torromé.

721965

Muy obligado quedo á los actores cuyos nombres constan en el reparto de esta obra, y al Sr. Mario, su director, por los esfuerzos laudables que hicieron para conseguir un éxito que si compartieron conmigo, en absoluto les corresponde.

El Autor.

Querido Rafael: un favor quiero pedirte, porque me complace más ser pródigo en otorgarlos que impertinente en pedirlos; sin embargo, en esta ocasión solicito de tu amistad que acojas estas líneas favorablemente y las publiques (si merecen tanto) adjuntas á tu nueva comedia.

Á punto fijo nada tengo que decirte; pero siento un afán indeterminado de hablarte acerca de esta obra, grata para nosotros; en lo que á tí respecta, por ser la aurora de tu brillante vida de autor, y en lo que á mí se refiere por haber predicho el éxito ofreciéndote mi humilde concurso para vencer las asperezas materiales que interceptan el camino en los primeros pasos de toda pegrinación literaria.

Una de las cosas que en tí más me han sorprendido y halagado, por la conformidad de nuestras convicciones, es tu criterio en materia de obras dramáticas, por cuanto no presentas á los ojos del espectador aquellas horribles llagas morales, más dignas de ser lamentadas que expuestas, y que acusan la exístencia de séres excepcionales y pervertidos; tú buscas la fuente de tu inspiración en los afectos profundamente humanos; en sus debilidades más frecuentes, y por tanto más verdaderas; en sus errores y en esos defectos cuya espectación no causa ni rubor, ni espanto, ni repngnancia. Tu obra, según á tí te he oido, no es más que una *fisonomía psicológica*; has descrito una pasión y las consecuencias de abrigarla y sustentarla. Los recursos materiales de que te has servido para la trama de tu comedía, presumo que fueron considerados por tí como simples causas y pretextos que justificaban la presentación y la vida de aquél tipo vanidoso, en el cual reside la originalidad inapreciable de tu comedia; descubrir un alma como quien abre un estuche para mirar la joya que contiene; copiar de la rea-

lidad palpitante todas las fases de un vicio ó de una virtud; hacer estribar el drama en la lucha de los afectos y en la entidad de las pasiones y nunca en la brutalidad de los hechos ni en las contingencias fortuitas de la casualidad, he aquí tu gusto, tu escuela; tu criterio, tu rumbo, tu *manera de hacer*. Has demostrado evidentemente, que como dice San Ignacio de Loyola (profundo conocedor del corazón humano), «la vanidad es un ladrón que nos roba y nos deja contentos» por cuanto el personaje representado en Gaspar, después de reconocer que su ruina es hija de su vanidad, lo mismo que su aislamiento en la pobreza, aun está satisfecho de sus propios defectos, y se une moralmente á su esposa (María) porque ella, víctima del deber, ha sabido halagar sus sentimientos y herir la fibra de su amor propio una de las más sensibles en su alma; estando esta reconciliación fundada en la vanidad satisfecha y en el deber cumplido, y no en un súbito arranque amoroso como algunos, cuya opinión respeto, han supuesto. Yo te ruego, para terminar estas líneas, que no abandones el camino comenzado, ni el conjunto moral, correcto y humano que palpita en tu primera obra, en donde has esquivado con admirable acierto todas las situaciones violentas que pudieran desprenderse del asunto; pasando sobre ellas con una delicadeza tan poco usada como laudable y sin menguar con esto la viveza del interés, ni la fuerza de los caractéres. Yo no puedo hacer un juicio crítico de tu obra; solo sé aplaudirla y encarecerla sin que estas palabras (que no son lisonjeras) signifiquen otra cosa que una muestra del cariño y de la admiración que por tí siente tu amigo del alma,

LUIS VICÉN LÓPEZ.

ACTO PRIMERO.

Un despacho lujosamente amueblado en casa de D. Pablo, dos puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

PABLO y FERNANDO.

Pablo permanece sentado en un sillón, mostrará el actor gran abatimiento y tristeza. Fernando de pie junto á Pablo le habla con solicitud y cariñó.

FERN. Está usted desalentado.
PABLO. Lo mejor hubiera sido,
Fernando, no haber pedido
ese dinero prestado;
pero, entonces, mis negocios
con tal desgracia vinieron,
que el día que me exigieron
saldo de cuentas mis sócios,
pagarles me fué preciso
vendiendo mis fincas. Sabes
que arrostré conflictos graves,
y ante tanto compromiso,
perdí la tranquilidad
de espíritu, necesaria
para esta lucha diaria

que ofrece la sociedad.
Últimamente, á un banquero
he firmado un pagaré
y hoy vence el plazo, y no sé
donde encontrar el dinero.
Y es que la desgracia tiene,
tal poder de ir aumentando,
que cuanto más va rodando
más acrecentada viene.

FERN. De recobrar su fortuna
no pierda la confianza.

PABLO. Tener tan solo esperanza
es no tener cosa alguna.

FERN. ¿Y el consuelo que ella ofrece
al alma?

PABLO. No hay otro medio
de consuelo, que el remedio
del mal que nos entristece.

FERN. El mañana alivia el daño
que hoy se muestra rudo y fiero.

PABLO. El mañana es mensajero
de algún nuevo desengaño.

FERN. Los embates de la suerte
dan firmeza al corazón.

PABLO. Pero, si muy rudos son,
también le causan la muerte.

FERN. Hay gente muy desgraciada,
aunque posea un tesoro.

PABLO. Con oro, al menos hay oro;
pero sin oro, no hay nada. (Se pone en pie.)
Pierde un amigo sincero
y eso solo perderás,
si te arruinas pierdes más,
pierdes amigo y dinero.
Y ¿aun á comprender no llegas
la verdad de lo que digo?
No halla el pobre ni un amigo,
si acaso, encuentra colegas.
Compañeros de hambre son,
pues si asciende alguno de ellos,
pronto se olvida de aquellos
amigos de la aflicción.

FERN. Cuestión de dinero, nada.
PABLO. Cuestión de dinero, todo.
FERN. Yo á mi suerte me acomodo
con ser más desventurada.
PABLO. El propio mal que lloramos
cuán jigante le creemos,
y cuán mezquino le vemos
si en el prójimo le hallamos.
Desigualdad tan inmensa
la explico muy fácilmente,
porque el mal propio se siente
y en el ajeno se piensa.
Por lo tanto mi aflicción,
Fernando, para tí es
tan pequeña, que ya ves,
ni aun te llega al corazón.
FERN. Es injusto hablar así
á quien mil veces le probó...
PABLO. Basta: ya sabes que yo
no tengo quejas de tí.

ESCENA II.

FERNANDO, PABLO y MARÍA.

Cuando aparece Maria se dirige al lado de su padre, Pablo; este permanecerá impasible y preocupado ante las atenciones de su hija.

MARIA. ¿Aun estás mal humorado?
¿Qué tienes, papá?
PABLO. No sé.
MARIA. ¿Qué pasa? (Ap. á Fernando.)
FERN. (Ap. á María.) Ya te diré...
Está muy preocupado.
PABLO. (Dirigiéndose al foro le dice aparte á Fernando.)
Si ese banquero viniera,
que me aguarde; pronto vuelvo,
FERN. Muy bien.
PABLO. (Ap. á Fernando.) Veré si resuelvo
el conflicto.
FERN. Dios lo quiera.

(Pablo hace *mútis* por el foro, los personajes que están en escena permanecen en sus puestos hasta que Pablo se aleja.)

ESCENA III.

MARÍA y FERNANDO.

MARIA. Dime; ¿qué pasa?
FERN. Reveses
de la fortuna y. . ya ves...
el capital interés. .
de una cuestión de intereses.
MARIA. Pero, explícate...
FERN. Un banquero...
un tal Llanes.
MARIA. ¿Llanes?
FERN. Di.
¿Le conoces?
MARIA. Sigue, sí.
FERN. Reclama... cierto dinero...
Y... en fin, María, no dudes
que muy en breve serás
tan pobre, que no tendrás
más bienes que tus virtudes.
Mas te digo con franqueza
que me encuentro complacido,
de que al fin haya podido
igualarnos la pobreza,
porque desde hoy la malicia
del mundo murmurador
no ha de creer que es mi amor
el disfráz de mi codicia.
Pero, ¿lloras?
MARIA. Lloro, sí;
que yo no finjo ni miento.
Lo que sucede, lo siento
por mi padre... y aun por mí.
FERN. Yo calmaré tu aflicción
con mi cariño.
MARIA. Lo espero,
Fernando, porque te quiero

con todo mi corazón.

FERN. Las gentes no dudarán
de que nuestro afecto es
puro y al vil interés
ajeno: Todos dirán:
—Mirad; esos se han casado
por amor, aun está vivo
ese afecto primitivo
que hemos supuesto agotado,
y en tanto nosotros dos
en nuestra casa estaremos,
y allí juntos viviremos
en paz y en gracia de Dios.
¡Qué veladas! Ya verás
como á la luz del quinqué
á tu lado escribiré
mientras que tú bordarás,
y en aquel instante no
se oirá en nuestro aposento
más que el leve movimiento
del péndulo del reló,
y el de nuestros corazones
que henchidos del mismo afán,
seguramente tendrán
iguales palpitaciones.
Entonces te diré aquellas
palabras dulces y hermosas
que expresan tan grandes cosas,
aun siendo tan breves ellas,
mientras que tendré apoyada
en la mano la mejilla,
y el codo sobre la silla
donde te encuentres sentada.

MARIA. ¡Fernando!

FERN. Ya no tropieza
nuestro enlace con ninguna
dificultad, pues si alguna
ofrecía tu riqueza
ya no existe. De este modo
quiere estimularme el cielo
porque á mi propio desvelo
puedas devérselo todo.

ESCENA IV.

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. Pregunta por el señor
este caballero... (Le da una tarjeta.)
FERN. ¡Ah!... Sí.
Que pase... Que espere aquí.
(Se retira el Criado.)
MARIA. ¿Quién es?
FERN. El acreedor
de que te he hablado.
MARIA. Hasta luego.
FERN. Tampoco le quiero ver.
MARIA. Adios.
FERN. Ten valor, mujer,
y fía en mí. Te lo ruego.
(Se retira cada uno por una puerta distinta.)

ESCENA V.

GASPAR y GARCÍA.

GARCIA. (Hablando con el Criado, que aparece en el foro.)
Pues bien, si no ha de tardar,
aquí mismo esperaremos.
GASPAR. (Entrando.) Me alegro, porque hablaremos
sobre el paso que he de dar.
GARCIA. Y al fin ¿qué hará usted?
GASPAR. ¿Qué haré?
Si me concede la mano
de su hija María, es llano:
le regalo el pagaré.
GARCIA. Pero, como le interesa
á usted esa joven, y
deja usted por ella, así,
á la hija de la condesa.
GASPAR. Hombre, adquirir un blasón
casándose, he calculado
que es ser noble de prestado
ó por aproximación.
Y eso no me satisface;

pues es muy débil firmeza
la que adquiere la nobleza
que se funda en un enlace.
Por otra parte, Hinojosa
me ha dicho que eso es cuestión
de ochavos .. y en conclusión,
él gestionará la cosa.
Además, la condesita...
no es una mujer que llama
la atención, ni tiene fama
de rica ni de bonita;
y esta otra muchacha es
una arrogante figura,
y un dechado de hermosura
de la cabeza á los piés.
Y he de lograrla; que aquí
hay algo que ya presiente
la envidia con que la gente
pondrá sus ojos en mí,
y la profunda alégría
que me embargue, al responder:
—¿Véis cuán hermosa mujer?
Pues esa mujer es mía.
¿Véis de su frente el matiz
que bajo el pelo blanquea?...
pues allí no hay más idea
que la de hacerme feliz.
¿Véis sus lábios, siempre fríos
para vosotros? pues esos
lábios me ofrecen sus besos
por ir ganando los míos.
¿Véis sus ojos, donde halló
el día su luz más cierta?
Pues el día los despierta
para que me mire yo.—
Y unido á tal criatura
voy á tener hermanado
el gozo de ser amado
y el lujo de su hermosura.
Y si el mundanal murmullo
me calumniara, envidioso,
entonces, yo, más dichoso,

le diría con orgullo:
Sus lágrimas, que son perlas
no las hicísteis brotar,
y yo las hago rodar
por el capricho de verlas.

GARCIA. Siempre el mismo.

GASPAR. Eso se llama
pensar con el siglo.

GARCIA. Así
consiguió usted por ahí
tanto renombre y tal fama.
(Este diálogo con alguna precipitación.)

GASPAR. ¿Fama? ¿No es eso? ¿Qué dicen?

GARCIA. Mil cosas muy diferentes.

GASPAR. Pero, ¿murmuran las gentes?

GARCIA. Unos á otros se desdicen.

GASPAR. Pero ¿la voz general?...

GARCIA. Da á usted un bombo pasmoso.
Nunca falta un envidioso.

GASPAR. ¿De mí?

GARCIA. No, del capital.

GASPAR. ¡Pobres gentes!

GARCIA. Los más ricos
ven en usted un banquero
que despilfarra el dinero
por darles en los hocicos.

GASPAR. Diga usted, ¿qué se decía
de la expléndida *soirée*
del viernes, cuando invité
á don Pablo y á María?

GARCIA. Ah, pues se calificó
entre gente de gran peso
de expléndida.

GASPAR. Toma, eso
ya lo había dicho yo.

GARCIA. Pero, volviendo otra vez
al enlace proyectado.

GASPAR. Bien, ¿qué?

GARCIA. ¿No le da cuidado
el despego y la esquivez,
y la falta de cariño
que esa muchacha pudiera

demostrarle, aun cuando fuera
suya?

GASPAR. No sea usted niño.
¿Soy antipático yo...
repulsivo?...

GARCIA. No pretendo
decirle...

GASPAR. Pues no comprendo
esa duda que expresó.

ESCENA VI.

GASPAR, GARCÍA y PABLO.

D. Pablo saliendo por el foro.

PABLO. Hola, don Gaspar.

GASPAR. ¿Qué tal?

PABLO. ¿Bien, y usted?

GASPAR. Perfectamente.
¿Qué hay de nuevo?

PABLO. Francamente,
todo está bastante mal.
Tomen asiento.

GASPAR. ¡Ah! García!
Ya se me había olvidado.
Allí en casa, me he dejado
dentro de la escribanía,
tres letras que vencen hoy.
¡Caramba, si me descuido!
Vaya usted... ¿Ha comprendido
la operación?...

GARCIA. Sí; ya voy.
(Contrariado y procurando disimular.)

GASPAR. Una es contra el chico aquél
subsecretario...

GARCIA. Sí... si.
(Á que me ha traido aquí
para darse tono él.)

GASPAR. (Á Pablo.) Yo vivo tan aturdido
con tanto...

PABLO. Ya... Por supuesto.

GARCIA. (Y siempre me dice esto
cuando hay gente. Me he lucido.
Me ha pegado á la pared.)
Pues irá Juan á cobrar,
yo no me debo encargar....
GASPAR. Basta. (Con tono imperativo.)
GARCIA. (Contrariado.) Servidor de usted.
PABLO. Muy señor mío.

ESCENA VII.

GASPAR y PABLO.

GASPAR. Este chico
es mi secretario.
PABLO. Ya. (Larga pausa.)
.....
Hoy es quince... usted vendrá...
GASPAR. Nada de eso.
PABLO. No me explico...
GASPAR. Pues oiga usted, porque voy
á hablar de un asunto grave
para mí.
PABLO. ¡Cómo!
GASPAR. Usted sabe
lo que valgo y lo que soy.
No ignora que yo podría
hacer felíz á cualquiera
mujer que enlazar quisiera
á su existencia la mía.
PABLO. Sí, señor; eso es verdad.
¿Por qué no cambia de estado?
GASPAR. Porque *hasta hoy*, he soportado
con gusto mi soledad.
PABLO. ¿Hasta hoy?
GASPAR. Hasta hoy que me hastía.
PABLO. ¿Se ha enamorado usted?
GASPAR. Sí.
PABLO. ¿Y ella?...
GASPAR. Estoy por ella aquí.
PABLO. ¿Quién es?
GASPAR. María.

PABLO. ¿María? (Pausa larga.)
Proposición tan honrosa
la acojo con gusto y creo,
que accediendo á mi deseo,
María, será su esposa.
¿Usted le ha indicado?...
GASPAR. Yo
no lo he creido correcto
sin su venia. Ella mi afecto
ni siquiera sospecha.
Pero al fin. la intimidad
del trato, puede que venza...
PABLO. El amor siempre comienza
por una simple amistad.
GASPAR. Con el tiempo...
PABLO. Claro es...
GASPAR. Se allanan todas las cosas
y ama el preso... á las esposas
que le sujetan los piés.
PABLO. Y es imposible encontrar
dos que se amen de igual suerte.
Uno ama hasta la muerte
y el otro... se deja amar.
GASPAR. Cierto... Y ¿he de competir
con rival afortunado?
PABLO. Sí; pero no es de cuidado;
un chico sin porvenir,
hijo de cierto pariente
de mi difunta mujer.
GASPAR. Pues creo oportuno hacer
que se aleje.
PABLO. Es conveniente.
Yo le trato cual si fuera
hijo mío. Tiempo ha
viene por casa, é irá,
sin duda, donde yo quiera.
Pero me será gravoso
si le mando al extranjero.
GASPAR. Por el contrario. Yo espero
que nos sea provechoso.
Hoy le habla usted y despierta
en él la ambición. Irá

á Glasgow, donde tendrá
en casa Wiest letra abierta.
Será mi corresponsal.
Hoy telegrafiaré
y además le entregaré
una carta.

PABLO. No está mal.

GASPAR. Dice usted que por un mes
á lo sumo sale...

PABLO. Sí...

GASPAR. Y una vez se encuentre allí
se le retiene...

PABLO. Eso es...
Yo me encargo.

GASPAR. Y hoy saldrá.
Que venga por casa. Y de esto
no le diga...

PABLO. Por supuesto.

GASPAR. Mas para que tenga allá
un cargo tan delicado
es fuerza que su pariente
sea...

PABLO. Es inteligente
en la Banca. Y es honrado.

GASPAR. Pues basta. Ella ha de olvidar
ese amor...

PABLO. Es indudable.

GASPAR. La mujer es variable.
El amor de la mujer
es lo mismo que el espejo;
mientras que tiene presente
á aquél que la ama, fielmente
reproduce su reflejo;
Mas si el amado le niega
al espejo su semblante,
queda el espejo vacante
para el primero que llega.
Algunas he conocido
que á sus novios no olvidaron.
Mas fué... porque les dejaron
el amor propio ofendido.

PABLO. ¡Qué cosas tiene usted!

GASPAR. Esa
es probada... Y ya me voy
porque... (Mirando la hora.)
PABLO. Espero que hoy
venga usted á honrar mi mesa.
GASPAR. Tendré en ello sumo gusto.
PABLO. De aquí á dos horas.
GASPAR. Vendré.
Que vaya ese...
PABLO. Sí, ya sé.
GASPAR. ¿Á las siete y media?
(Mirando de nuevo el reloj.)
PABLO. Justo.
GASPAR. Adios, don Pablo... Jamás
olvidaré esta acogida.
PABLO. Gracias...
GASPAR. Me ha dado la vida.
PABLO. (Eso es lo que tú me das.)
GASPAR. Hasta más tarde...
(Gaspar y Pablo suben juntos al foro y allí se detienen breves momentos hablando familiarmente.)

ESCENA VIII.

DICHOS y F

FERN. ¡El banquero!
¿Habrán saldado su cuenta?
Su conversación presenta
un matiz muy lisonjero.
Parece que hablan de mí...
Me miran de cierto modo...
(D. Gaspar y D. Pablo permanecen en el foro hablando en voz baja y fijando alguna vez sus miradas en Fernando.)
PABLO. Justo; conformes en todo.
(Á Gaspar. Se van.)
FERN. Pues; lo que yo presentí.
Sin duda ocurrió lo mismo
que yo había adivinado,
saliendo así derrotado

su funesto pesimismo.
¡Cuánto yerran los que ven
siempre las sombras del mal,
cuando en la vida moral
hay día y noche también!
(D. Pablo, que habrá desaparecido con D. Gaspar por la puerta del foro, vuelve á entrar por la misma.)

ESCENA IX.

FENANDO y PABLO.

Esta primera parte de la escena con la mayor viveza posible.

FERN. (Saliendo al encuentro de D. Pablo.)
¿Al fin logró dirimir?...
PABLO. Todo.
FERN. ¿Cómo pudo ser?...
PABLO. No hay momentos que perder.
Hoy mismo debe partir
un socio de don Gaspar
á Glasgow, y he decido,
porque nos ha convenido,
que vayas en su lugar.
FERN. Pero...
PABLO. Es cuestión de unos días.
Asunto de gran urgencia.
Á no tener diligencia
todo lo comprometías.
Vete á casa del banquero,
á sus órdenes te pones.
FERN. Mas...
PABLO. Él te dará instrucciones
y detalles y dinero.
FERN. Pero, ¿me puede explicar?...
PABLO. Ahora. no.
FERN. ¡Por Dios, don Pablo!...
PABLO. Basta...
FERN. Mas...
PABLO. ¡Cuánto hablas!
FERN. Hablo

porque necesito hablar.
Hace un momento le oí
que ese hombre era su enemigo,
y ahora resulta su amigo,
y hasta me protege á mí.

PABLO. Todas esas reflexiones
no son del caso; de modo
que ahora es ocasión de todo
menos de tantas razones.

FERN. Si es que estoy tan sorprendido
que no he formado opinión,
ni de esta situación
ni de lo que á usted he oido.
Sólo sé que he de partir,
que les tengo que dejar.

PABLO. ¿Y no vas á regresar,
ó no podrás escribir?

FERN. ¡Oh, no, don Pablo, eso no!
Escribiré...

PABLO. Pues ya ves...

FERN. Y á su hija.

PABLO. Claro es.
(Para que lo lea yo.)

FERN. ¿Vé usted lo que yo afirmaba?
¿Vé usted lo que antes le dije?
¿Vé cómo el mal que le aflije
oportunamente acaba?
¡Cuánta razón me asistía
al infundirle valor!
¿Vé usted como es el dolor
la cuna de la alegría?...

PABLO. ¿Y tú ves como ahora en mil
tonterías te entretienes?
¿Tú lo ves, como no tienes
espíritu mercantil?

FERN. Ha de ver con qué ansiedad
en sus negocios me afano.
Y al fin, obtendré la mano
de...

PABLO. Comprendo...

FERN. ¿No es verdad?

PABLO. Tal vez en aquella tierra

olvides lo que hoy ansías.

FERN. ¡Don Pablo!

PABLO. Hay tantas Marías
hermosas en Inglaterra.

FERN. Yo soy constante.

PABLO. Quizá.

FERN. ¿Lo duda usted!

PABLO. No lo sé.
La constancia se la vé
después que ha llegado ya.
Mal modo de discurrir
tiene aquél que profetiza.
Sólo el tiempo garantiza
las cosas que han de ocurrir.

FERN. No sé lo que voy temiendo.
Aunque más me hace temer
lo que usted me da á entender,
que lo que me está diciendo.

PABLO. Sólo digo, lo que digo,
porque si decir quisiera
otra cosa, la dijera,
y más hablando contigo.

FERN. Entonces... ¿por qué dudó?

PABLO. Nada de eso... Basta ya.

FERN. ¿Y María? ¿Dónde está?
Me despediré.

PABLO. Ahora no.

FERN. Pero... si...

PABLO. Ya has olvidado
que este negocio es urgente.
¿Ó sirves únicamente
para ser enamorado?

FERN. ¿Manda que nos separemos
sin despedirnos siquiera?

PABLO. Ahora vete, que te espera
don Gaspar. Luego veremos.
(Este parlamento con la grave autoridad que un padre ejerce sobre su hijo.)
Y advierte si eres mi socio,
que aquí, como en tierra extraña,
el corazón es entraña
que no juega en el negocio.

Que yo necesito allí
un hombre sério y formal.
Y si vas á cumplir mal,
no te acuerdes más de mí.
Que no puedes oponer
como disculpa á un descuido
el que te has entretenido
pensando en una mujer.
Yo tus gustos no discuto
pues que veo que te enojas,
pero el amor son las hojas,
y los negocios, el fruto,
y entre buenos labradores
—entiende la moraleja—
no está cuerdo aquel que deja
los manjares por las flores.
Es el camino mejor
en la vida, comenzar
por construirse un hogar
donde esconder el amor,
porque el hambre es puerta abierta
para el daño más cruel,
pues no hay daño como aquél
que viene por esa puerta.
Si posees un tesoro,
valdrás más, valiendo tanto,
porque hasta el santo, es más santo
si en vez de palo, es de oro.
(Con resolución y energía.)
Marcha, pues, sé diligente,
nunca y por nada abandones
tu interés, tus comisiones
cúmplelas puntualmente.

FERN. Está bien; sin dilación.
Me voy...

PABLO. (Le abraza.) Adios.

FERN. Al... momento...
(Ap.) (No sé qué presentimiento
angustia mi corazón.)

ESCENA X.

D. PABLO.

Viene la casualidad,
por vez primera en mi vida
á llenar una paatida
en mi contabilidad.
Yo debí en el inventario
incluir el casamiento
de María... Buen asiento
para mi libro diario. (Pausa.)
Si se queja, su querella
no es fundada, á lo que infiero:
marido, lujo y dinero.
¿Qué más puede pedir ella?
Y si yo la he dirigido,
si en todo la he encaminado.
¿Por qué ha de estar mal mirado
que yo elija su marido? (Pausa.)
.....
Tienen muy poco valor
los afectos verdaderos.
Los reyes son los primeros
que se casan sin amor.
.....
.....
Y si después resultara
que es infeliz con Gaspar
¿no me podría arrojar
este proceder en cara?
Me apena, y estoy dudando
porque es muy grave la cosa.
¿Pero, será más dichosa
si se casa con Fernando?
Hay matrimonios felices
nada más que en sus albores,
que presentan muchas flores
y que no tienen raices,
lo cual dicho con llaneza,
es que se aman y suspiran,

y que más tarde se tiran
los trastos á la cabeza,
Gaspar al menos, me ofrece
garantía muy valiosa,
pero que ella sea esposa
de Fernado, me estremece.
Si yo á lo menos pudiera
darle dote; más casarla
así, es como entregarla
á una ruina certera.
Fernande es un informal...
un muchacho. Además que
yo sin amor me casé,
y en verdad, no me ha ido mal.

.....

Cuatro letras por si viene.
Quiero evitar juramentos
y protextas y lamentos. (Escribe.)
Esto es lo que más conviene.
(Acaba de escribir.)
Ramón. (Llamándole. Toca el timbre.)

ESCENA XI.

PABLO y RAMÓN.

RAMON. Señor.
PABLO. Si viniera
don Fernando, que no estamos.
Dices que le deseamos
buen viaje.
RAMON. Bien.
PABLO. Espera.
Le das esta carta. (Sale Ramón por el foro.)

ESCENA XII.

PABLO.

PABLO. Así
todo el camino se allana,
y eso conviene. Mañana

ya estará lejos de aquí.

ESCENA XIII.

PABLO y MARÍA.

Aparece María por la primera puerta de la izquierda y permaneciendo en el umbral de la misma, dice con timidez:

MARIA. ¿Pasó el enfado?
PABLO. (Sonriendo.) Pasó.
Ven, y siéntate, hija mía.
MARIA. Conque, ¿reina la alegría?
(Yendo junto á Pablo.)
PABLO. Justo.
MARIA. Lo celebro.
PABLO. Y yo.
MARIA. Fernando me ha dicho que
estabas muy agobiado.
PABLO. En *eso* no te ha engañado
MARIA. Nunca me engaña.
PABLO. (Con despego.) No se.
(Signo de extrañeza y disgusto en María.)
Es el caso que he podido
mi conflicto solventar.
Á no ser por don Gaspar
cree que estaba perdido.
MARIA. Don Gaspar... ¿Ese banquero?
PABLO. Hija, qué mal le juzgué.
Hoy me arrepiento...
MARIA. ¿Sí, eh?
PABLO. Porque es todo un caballero.
Su inmenso caudal aumenta.
¡Qué acierto! ¡Qué gravedad!
MARIA. Á su edad.
PABLO. ¡Cómo á *su edad*
si no llega á los cuarenta!
Si hoy su apoyo me faltara
la vida me faltaría.
¡Y en tal caso me pondría,
que tal vez me suicidara!
MARIA. ¡Jesús! ¿Qué dices? Mi amor

nunca te hubiera faltado.

PABLO. El dolor acompañado
no deja de ser dolor,

.....

Don Gaspar vendrá después,
le invité á comer conmigo.

MARÍA. Comprendo, solo contigo.
(Con cierta satisfacción.)

PABLO. No... comeremos los tres.

MARIA. Yo... por si teneis que hablar.

PABLO. Todo lo puedes oir,
así podrás advertir
cuán amable es don Gaspar.

.....

Tú procura... complacerle,
ten acierto en lo que digas...
En fin; no le contradígas,
no vayamos á perderle.

MARIA. Yo trato con distinción
á todos.

PABLO. Es la verdad, (Con intención.)
pero... extrema tu bondad
y tu consideración,
y sobre todo repara
y nunca olvides, María,
lo que nos sucedería
si don Gaspar me dejara.

ESCENA XIV.

PABLO, MARÍA, RAMÓN y GASPAR.

RAMON. (Anunciando en el foro.)
Don Gaspar Llanes.

PABLO. (Con viveza.) Que pase.
No te olvides... (Á María.)

GASPAR. (Apareciendo en el foro.) ¿He tardado?

PABLO. ¡Cá!...

GASPAR. Sentiría haber dado
ocasión á que aguardase.
(Bajando al proscenio.)
¡Oh, María!... (Saludándola.)

MARIA. Don Gaspar...
GASPAR. Siempre tan linda.
MARIA. Es favor.
PABLO. Sentémenos. (Sentándose.)
GASPAR. Pues, señor,
vengo ahora de reclamar
en el Banco unas carpetas.
PABLO. Ya, resguardo de cupones.
GASPAR. Sí, cuestión de unos millones...
PABLO. ¿De reales?
GASPAR. (Con importancia.) De pesetas.
PABLO. Usted siempre tan activo.
GASPAR. Vida muy desventurada;
porque, de puro agitada,
puedo decir que no vivo.
Verdad es que conseguí
lo que otros en vano ansían.
¡Cuántos se contentarían
con lo que me sobra á mí!
Y, sin embargo, le digo,
que sólo encontrar quisiera
una amable compañera
que soportara conmigo
en agradable concierto,
el recuerdo, siempre hermoso;
el presente, siempre odioso,
y el porvenir, siempre incierto.
PABLO. Usted hallará por ahí
de sobra dónde escoger.
GASPAR. Hombre... bien pudiera ser...
PABLO. ¿No es verdad, niña? (Á María.)
MARIA. Sí... sí...
GASPAR. Á mi edad no se concibe
mofarse del cautiverio
del amor; se toma en sério
todo, el amor inclusive.
Porque ya pasé la edad
del pollo barbilampiño,
que va haciendo del cariño
pasto de su vanidad,
y que probarnos pudiera
su menguado corazón,

ver que su última pasión
dice que es la verdadera.

PABLO. ¡Oh, sublime; ha retratado
á los pollos de hoy en día!
¿No te parece, María?

MARIA. Un poquillo exagerado...

PABLO. ¿Tú, qué sabes?

GASPAR. No me quejo
de su opinión; mas replico,
que el que es formal cuando es chico,
es informal cuando es viejo.
Ciertas locuras, en vano
se combaten, porque son
lo mismo que el sarampión,
que sale tarde ó temprano.

MARIA. ¿Y cuándo ha de pretender
casarse un joven? ¿Jamás?

GASPAR. Cuando no le quede más
que esa locura que hacer.

.....

PABLO. ¿Conque habló usted con Fernando?

GASPAR. Sí, ya debe haber partido.

MARIA. ¿Pero es mi primo?... (Con vivo interés.)

PABLO. Ha salido
para Glasgow.

MARIA. ¡Cómo! ¿Cuándo?

PABLO. Ahora. Qué, ¿tú no sabias?...

MARIA. Absolutamente nada.

PABLO. Pues era cosa acordada
hace tres ó cuatro días.

GASPAR. Y qué empeño en ir allí.
Quise que á otra plaza fuera,
pero no había manera
de convencerle, y cedí.

PABLO. Es particular empeño.

GASPAR. Puede que vuelva casado.

PABLO. Él es muy enamorado.

MARIA. (Ap.) (¿Pero estoy despierta, ó sueño?)

PABLO. Buen chico, después de todo.
¿Se abonó usted al Real?

GASPAR. Sí, señor... No canta mal
la tiple...

MARIA. (Inquieta y preocupada, hablando consigo misma.)
(Irse de este modo.)
(Quizás por otra mujer.)
¡Infame!

PABLO. Yo bien decía
que la tiple gustaría
mucho.

MARIA. (En voz alta y creyendo que aún hablan de Fernando.)
Si no puede ser.

GASPAR. Pues gusta...

MARIA. No digo eso.
Lo que digo es que Fernando...

PABLO. (Con gravedad y dirigiendo á María una mirada de reproche,)
Pero aquí estamos hablando
de otra cosa.

MARIA. ¡Ah! sí, confieso...
que me distraje... de suerte...
(Cambiando de tono y procurando sonreir.)
que... que... ¿dice don Gaspar?...

GASPAR. Del teatro...

MARIA. (Ap.) (No puedo hablar.)
(Con angustia suprema.)
Siento aquí dentro la muerte.

ESCENA XVI.

DICHOS, RAMÓN.

RAMON. ¿Se puede?

PABLO. Adelante. ¿Qué?

RAMON. Que don Fernando ha llegado
y la carta le he entregado
y le he dicho...

PABLO. (Exasperado.) ¡Márchate!

ESCENA XVII.

DICHOS menos RAMÓN.

MARIA. (Pasando bruscamente al lado de su padre.)
¿Qué vino Fernando? Dí.
¿Por qué se marcha y se esconde?
¿Es que me engañais? Responde.
¿Qué es lo que sucede aquí?
PABLO. (Con gravedad y enojo.)
Hija, yo comprendo todo
tu cariño y tu interés.
Lo que no comprendo es
que ahora me hables de este modo.
GASPAR. Es natural...
MARIA. (Disimulando con más dificultad que antes.)
Sí... perdón...
PABLO. No, enmienda...
MARIA. Como le... aprecio...
su partida... su desprecio...
(Ap.) (Me tortura el corazón.)
PABLO, Bah... á la mesa.
GASPAR. Sí, marchemos.
MARIA. (Inquieta, agitada, trémula.)
(Ap.) (¡Oh, qué trance tan cruel!)
(Pero no puede ser él
tan infame.)
GASPAR. Brindaremos
por Fernando.
MARIA. (Con risa nerviosa.) Já... já... já...
(Desahogando en risa su dolor.)
Buena ocurrencia ha tenido.
GASPAR. Vamos. (Le ofrece el brazo.)
MARIA. (¡Ingrato!... he perdido
su afecto... Me ahogo...) ¡Ah!
(Cae desmayada.)
PABLO. ¡Hija del alma!
GASPAR. Fué un rayo
la tal noticia. (Sostiene á María.)
PABLO. ¡Hija mía!...

¡Ernesto!... ¡Clara!... (Llamando á los criados.
(Oprimiendo la mano de su hija.) María.

GASPAR. Nada, nada; es un desmayo.

PABLO. (Subiendo al foro.)
Pero esa gente, ¿qué espera?
Venid pronto. ¡Rosa... Clara!...

GASPAR. ¡Cuánta gente me envidiara
si en este instante me viera!
(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala dispuesta lujosamente en casa de Gaspar. Multitud de muebles de buen gusto repartidos con arte por la escena. Puertas laterales. La del foro da acceso á otros salones que se verán iluminados con arañas.

ESCENA PRIMERA.

PABLO y MARÍA.

PABLO. Desecha, pues, hija mía
tus pesares, y procura
que no empañe tu hermosura
tan triste melancolía.
MARIA. Imposible.
PABLO. Tu marido
está quejoso de tí.
MARIA. ¿Gaspar?
PABLO. Y sufre...
MARIA. ¿Por mí?
Nunca lo hubiera creído.
PABLO. No te amoldas á sus gustos;
no tomas con interés
sus aficiones y ves
que surgen ciertos disgustos.
MARIA. No aumentes más mi aflicción,

padre mío, por piedad;
ni hagas de tu autoridad
cárcel de mi corazón.
Jamás te he reconvenido
por los ardides que usaste
y con los cuales lograste
que le hiciera mi marido.
No te había de agradar
lo que pudiera decir,
de tu valor en fingir
y del mío en protestar.
Pero, en fin, ya me he casado,
y hay que aceptar por entero
el sacrificio, y yo quiero
dar al olvido el pasado.
Mas como he de estar jovial
ante lo que aquí sucede,
si calificarse puede
como adulterio moral.

PABLO. Adulterio.

MARIA. El más odioso
de todos; más no es penable,
porque es un ente impalpable
la querida del esposo.
Porque dentro de sí mismo
su imágen lleva escondida;
en fin, porque es su querida
su vanidoso egoismo.
Qué me importa que su idea
la absorba un tipo ideal,
si el resultado es igual
que lo sea ó no lo sea.
Si al fin observo que aquí
soy un ser muy desgraciado;
si está viviendo á mi lado
y está muy lejos de mí;
si es su afán la ostentación,
su único anhelo brillar,
su deseo derrochar
produciendo admiración,
su encanto las reuniones,
el aplauso su placer,

y su mujer... su mujer,
un mueble de sus salones.
Y yo no puedo quejarme,
mi marido es hombre honrado,
cortés, nunca me ha negado
nada que pueda agradarme.
Aquí viene mucha gente,
la casa está muy lujosa,
y la multitud curiosa
se presenta sonriente.
Es su trato comedido
en alta voz al hablarme,
después... suele criticarme
si llevo un lazo torcido.
Alguno, con lengua osada,
viene y dice, sin temor,
cosas que causan rubor
á toda mujer honrada;
mostrando con su imprudencia
y su irónica sonrisa,
que está limpia su camisa
á costa de su conciencia.
Alguna hace ostentación
de su escote, nada estrecho,
por mostrar que tiene pecho
á falta de corazón.
Pecho que no hay quien ablande,
pecho de mujer que enseña,
que una boca muy pequeña
puede murmurar en grande.
Y es mi pesar infecundo;
yo estoy sola y olvidada,
pesarosa, atormentada;
yo, que tan sólo en el mundo
aspiro á ver mi alma llena
de ese aliento misterioso
que despide en su reposo
una conciencia serena.

PABLO. Hija.

MARIA. Padre, no te engaño,
ya ves, no puedo reir;
ayúdame á conducir

la pesadumbre del daño.
Y al revelar mi aflicción,
hallé mi pecho clemente
al único confidente
de mi triste corazón.

PABLO. Qué modo de exagerar ..
No llores... Luego hablaré
con tu esposo y obtendré
que te deje reposar;
por más de que hoy pretendía
que en la reunión recibieras
á la gente... Haz lo que quieras.

MARIA. ¡Ay, padre...

PABLO. Vamos... María.
Como no es extraordinaria
esta rennión, quizá
tu esposo no juzgará
tu presencia necesaria.
(La conduce hasta la primera puerta de la izquierda.)
Esto quien lo sospechó.
No congenian... Yo creí...

ESCENA II.

PABLO, GASPAR y después ROSA.

PABLO. ¿Vienes de la calle?

GASPAR. Sí.

PABLO. ¿Al Bolsin has ido?

GASPAR. No.
¿Y mi hermana?

PABLO. No sé...

GASPAR. (Llamando por la segunda puerta de la izquierda.)
Rosa.
Le traigo esto. (Enseña á Pablo un estuche.)
La he comprado.
Como se casa.

ROSA. ¿Has llamado?

GASPAR. Sí... mira.

ROSA. ¡Jesús, preciosa!...
¿Y estará muy concurrida

nuestra casa?

GASPAR. Ciertamente.
Está invitada la gente
que juzgo más distinguida.
Nadie ignora que mi hermana
va el lúnes á celebrar
su boda, y hay que arrojar
la casa por la ventana.

PABLO. ¡Mucho gasto!...

GASPAR. Más fecundo.
Ya ves tú lo que supone
una casa que se expone
á las miradas del mundo.

ROSA. Mi hermano tiene razón.

GASPAR. No he de ser menos que Aguado,
diez mil duros ha gastado
en su última reunión.

PABLO. Una fortuna perdida.

ESCENA III.

DICHOS, ALONSO y ENRIQUE.

ALONSO. Buenas noches...

GASPAR. ¡Oh, señores!

PABLO. (Ap.) (Valiente par de habladores.)

ALONSO. Rosa... (Saludándola.)

ROSA. (Dándole la mano.) Estoy muy ofendida
con usted.

ALONSO. ¿Sí?

ENR. ¿Qué ha pasado?

GASPAR. ¿Qué fué?

ROSA. Pues que se ha comido
el color de mi vestido,
mis joyas y mi peinado.

ENR. ¡Hombre!

PABLO. ¿Cómo?

GASPAR. Pero...

ALONSO. ¡Ya!
El ministro de Fomento
fué la causa.

ROSA. Eso es un cuento.

El periódico aquí está. (Enseña un periódico.)

ALONSO. Pues por eso que está ahí
puede usted ver publicado
el discurso que ha causado
la omisión que cometí.
Como todo no podía
publicarse en mi diario
á la vez, fué necesario
reducirlo...

ROSA. ¡Á costa mía!

ALONSO. Señorita, yo lo siento.
Ya veo que el caso es
de mucho más interés
que el ministro de Fomento.

ROSA. Vaya... (Con cierto enojo burlón.)

GASPAR. (Á Enrique) Sus versos leí
en el periódico.

ENR. Y qué.
¿Le agradan?

GASPAR. Hombre... no sé...
les falta intención. Á mí
me gusta la poesía
profunda é intencionada.

ENR. (Ap.) (Á este no le gusta nada.
Es mucha pedantería...)
Yo le juro...

GASPAR. ¿Al fin, salió
Juan Rodríguez diputado?

ALONSO. Sí.

GASPAR. Le hubieran derrotado
si hubiera querido yo.

ALONSO. Lobo, es Director.

GASPAR. ¡Sí! ¡Lobo!

ALONSO. De Rentas.

GASPAR. Quién lo creyera.
Al fin se halló la manera
de dar dirección á un globo.

ALONSO. Pronto perderá el turrón,
no debemos darle albricias.

GASPAR. ¿Qué ocurre?

ALONSO. Pues, que hay noticias.

PABLO. ¿Noticias?

ALONSO. De sensación.
PABLO. ¿Cómo?
GASPAR. ¿Qué?
ALONSO. No me he enterado,
pues no salí en todo el dia,
pero anoche se temía
algo.
PABLO. ¿La Bolsa ha bajado?
ALONSO. No sé... No juego jamás.
PABLO. Gaspar... (Ap. á Gaspar.)
GASPAR. (Ap. á Pablo.) García está allí.
PABLO. Ya debiera estar aquí.
GASPAR. Son alarmas, nada más.
ENR. (Ap.) (Conque no es intencionada
ni hay fondo en mi poesía.
Es posible que algún día
te devuelva la estocada.)

ESCENA IV.

DICHOS y el CRIADO.

CRIADO. Señor. (Da una tarjeta á Gaspar.)
GASPAR. (Al Criado.) Conduce al salón.
Recíbeles. (Á Rosa.)
ROSA. Ven. (Se va Rosa.)
GASPAR. Iré
en seguida. (Ap. á Rosa.)
PABLO. (Á Gaspar.) Quédate.
ALONSO. ¿Vamos? (Á Enrique.)
ENR. Sí. (Se van Enrique y Alonso.)
GASPAR. ¡Qué agitación! (Á Pablo.)
¿Qué hay?
PABLO. No sé si te confiese
mi temor...
GASPAR. ¿Qué temes?... dí...
PABLO. Esos rumores que oí.
El no haber venido ese
del Bolsin...
GASPAR. Esa impaciencia
infundada, me estremece.
PABLO. Y á mí, Gaspar, me parece

muy audáz tu indiferencia.
Porque á papel tu fortuna
redugiste; y... la verdad,
tan ciega temeridad
no da confianza alguna.

GASPAR. ¡Hombre!...

PABLO. Tú tienes talento
y obras con tino bastante,
pero... al mejor navegante
le puede arrollar el viento.

GASPAR. La fortuna ha de exponerla
el que quiera duplicarla.

PABLO. No basta un siglo á ganarla
y basta una hora á perderla.
Yo ya he pasado por todo.

GASPAR. Cierto; pero tú que vives
aquí en mi casa, ¿concibes
que me porte de otro modo?
No comprendiste jamás,
que nuestra conducta estriva,
en la fuerza imperativa
que viene de los demás.
Si cerrara mis salones
á las gentes, aquel día
de par en par los abría
para sus murmuraciones;
y con lealtad confieso,
que á huéspedes invisibles
son mucho más preferibles
los que son de carne y hueso.

PABLO. ¿El *Diario* le han traído?

GASPAR. No sé...

PABLO. ¿Y la cotización?

GASPAR. No sé... Los rumores son
falsos.

PABLO. Gaspar, ya es sabido
que aquí no hay nada certero,
que todo puede alterarse
con que llegue á sublevarse
cualquier sargento primero.

ESCENA V.

DICHOS y GARCÍA.

GASPAR. ¡García!
PABLO. ¿Cómo ha tardado?
GARCIA. Ustedes ya saben.
PABLO. ¿Qué?
GASPAR. Vamos, hable, explíquese.
PABLO. ¿Los valores han bajado?
GASPAR. ¿La cotización?
GARCIA. (La entrega.) Aquí...
GASPAR. Déme.
PABLO. ¡Serán verdaderos
los rumores!
GASPAR. (Leyendo.) ¡Tres enteros!
PABLO. ¡Imposible!
GASPAR. Mira.
PABLO. ¡Ah! si...
GASPAR. Pero, ¿cómo el cambio este
se justifica en la córte?
GARCIA. Un movimiento en el Norte
secundado en el Oeste.
GASPAR. Pero, ¿quién lo presentia?
PABLO. Desgraciada sociedad.
¡Aquí, la casualidad
es la única dinastía
permanente!

ESCENA VI.

DICHOS y ALONSO.

ALONSO. (Aparece riendo.) ¡Já... já... já!
Por estar aquí, han perdido
ver el suceso ocurrido
ahora mismo por allá.
Y por cierto que su ausencia
ya comienza á ser notada,
don Gaspar.
GASPAR. (Procurando disimular su agitación.)

¿Qué es ello?

ALONSO. Nada;
que reclaman su presencia.

GASPAR. Sí, ya voy.

ALONSO. Pero es gracioso
lo que acaba de ocurrir.
Asunto que hace reir,
por lo grave y lastimoso.
Figúrense ustedes, que,
en el próximo salón,
vé llegar la reunión
á la viuda de Minué,
tan robusta... y tan hermosa,
(Exagerando con el ademán la supuesta gordura de la viuda.)
y que al punto ese bolsista...
don Manuel, que es hacendista,.
y qué sé yo cuánta cosa,
se levanta de su asiento,
y con gran desembarazo
ofrece á la viuda el brazo
y ella acepta el cumplimiento.
Entonces, espectación;
porque el bolsista resbala
en la alfombra de la sala,
y ¡páf!... El gran revolcón.
Y como á ella, don Manuel,
la llevaba bien asida,
impulsada en la caida
rodó por encima de él,
estallando el natural
murmullo de exclamaciones,
epígramas y alusiones
con la risa general.
Viendo el gran contraste que
allí nos han ofrecido.
La mirada del caido
con la del que está de pié.

.....

De allí á poco, pretextaron
que se hallaban indispuestos...
Es claro, estaban molestos,

y los pobres se marcharon.
Enrique piensa escribirles
unos versos. Tiene mucha
gracia.

GASPAR. (Ap. Preocupado.) (Dos mil...)

ALONSO. (Por Gaspar.) No me escucha.
(Mirendo á Pablo.)
Ni este... y vine á referirles...

GARCIA. (Aproximándose hacia Alonso, en voz baja le dice
Márchate.

ALONSO. ¿Cómo?

GARCIA. ¿No sabes
lo que pasa?

ALONSO. Nada sé.

GARCIA. Luego te lo contaré.

ALONSO. ¿Qué es ello?

GARCIA. Cosas muy graves.

GASPAR. (Recordando de pronto que Alonso hablaba.)
¡Ah! ¿Decía usted?... Sí... sí...
Ya no tardo... Voy ahora...
Discúlpeme... Mi señora
está delicada... Allí
voy al punto.

ALONSO. Le esperamos.

GASPAR. (Cambiando de tono y á García.)
Usted me puede aguardar
en el despacho. He de hablar
con usted.

GARCIA. Bien.
(García hace medio mútis hacia el despacho y sale por la puerta del salón.)

ESCENA VII.

PABLO y GASPAR.

PABLO. Procedamos
con prudencia. ¿Tú no tienes
á quién recurrir ahora?

GASPAR. No. Mañana nadie ignora
el estado de mis bienes.

PABLO. Aún podrías reunir...
GASPAR. Nada, Pablo. No concibo
las penurias. Estar vivo
no es lo mismo que vivir.
PABLO. ¿Y pierdes mucho dinero?
GASPAR. Seis millones.
PABLO. ¿Comprobado?
GASPAR. Es muy triste el resultado
para no ser verdadero.
PABLO. Sin embargo, si encontraras
una suma respetable
para hacer frente, es probable
que así te proporcionaras
el desquite.
GASPAR. Pero, á quien
recurro?
PABLO. Tienes razón.
GASPAR. En mejor situación
estás tú... Piénsalo bien...
á ver si...
PABLO. Lo estoy pensando,
pero... ¡quién halla un amigo!
GASPAR. Piénsalo bien.
PABLO. No consigo...
GASPAR. Algún deudor...
PABLO. ¡Ya! Fernando.
GASPAR. ¡Fernando!...
PABLO. Sin duda alguna.
Aun cuando ahora no frecuente
mi amistad, tendrá presente
que me debe su fortuna.
GASPAR. Al año de haber partido
á Glasgow, se separó
de mi casa, y negoció
por su cuenta.
PABLO. Convenido.
Y ahora su fortuna, creo
que á veinte millones llega.
GASPAR. Cierto, la fortuna es ciega
y loca, por lo que veo.
PABLO. Ya sé que estuvo enojado
porque yo le interceptaba

las cartas, más todo acaba,
y su enojo habrá acabado.
Yo le enseñé la partida
doble, y... algo más, yo fuí
su protector, yo le dí
hasta los medios de vida.
Y si hubo algún disgustillo,
se habrán borrado sus huellas.
(Movimiento de duda en Gaspar.)
¡Bah, quien se acuerda de aquellas
pretensiones de chiquillo!
¿Dudas?

GASPAR. Claro, qué te mueve
de ese modo á confiar
si es que algo pudo olvidar,
será el favor que te debe.
Lo mucho que ganó allí
su trabajo representa.

PABLO. Mas debe tener en cuenta
que yo el impulso le dí.
Le diré que el caso es mío,
que tú tienes ocupado
tu dinero, y que apurado
estoy, y que en él confio.

GASPAR. Así... es posible. (Dudando.)

PABLO. (Afirmando.) Posible.
Él tiene gran corazón,
y yo sobrada intención
para hacerlo más sensible.
Voy á verle...

GASPAR. No es prudente.
Es mejor que le invitemos
aquí hoy. Procederemos
así, según se presente.

PABLO. Más diplomático es,
porque al pronto no percibe
la intención.

GASPAR. Eso es, escribe...

PABLO. ¿Dónde?...

GASPAR. Aquí dentro.
(Señalando la puerta del foro.)

PABLO. (Medio mútis.) Voy pues.

Esto de hacerle venir
hoy... ¿si aplazarse pudiera?...

GASPAR. No, de ninguna manera.
Yo necesito adquirir
papel mañana, y las gentes,
al mirar la animación
que dé á la cotización
el bullir de mis agentes,
perderán las ilusiones
que hoy su deseo forjó
viendo que no caigo yo
por unos cuantos millones.
Verán que puedo triunfar,
y que me sé defender,
y que no puedo caer
aunque llegue á vacilar.
La envias... Y entre los dos
conste que tú pides...

PABLO. ¡Hombre!...

GASPAR. Yo respondo... Más mi nombre
no le pregones por Dios.
¿Su casa?...

PABLO. No está distante,
está muy cerca de aquí.

GASPAR. Pues bien, no descuides...

PABLO. Si.
Voy á escribirle al instante.

ESCENA VIII.

GASPAR y ROSA.

ROSA. Pero, Gaspar, ¿cuándo piensas
venir?

GASPAR. Pronto voy. Escucha.
¿Hay mucha gente?

ROSA. Sí, mucha.

GASPAR. ¿De qué hablan?

ROSA. Hablan á espensas
de tres ó cuatro banqueros.

GASPAR. Pero, dí, ¿qué motivó?...

ROSA. La cotización bajó

esta tarde, tres enteros...
Y eso fué... ¿Jugabas?

GASPAR. Nada.
Pero... ¿qué se dice, Rosa?

ROSA. Pues dicen que es espantosa
la ruina inesperada
de uno de ellos. Compasivos
hablan los indiferentes;
los banqueros, inclementes
están con él, y agresivos.
Va aumentando su murmullo,
y dicen, con crueldad,
que ahora tendrá de humildad,
lo que antes tuvo de orgullo.
Le tratan con gran desprecio,
Yo misma comprendí,
que cuando se arriesgó así,
es un loco, ó es un necio.
Dicen, aunque le hablaron,
que se halla muy abatido.

GASPAR. ¿Y su nombre?...

ROSA. No han querido
decírmelo... Lo callaron.

GASPAR. (Ap.) (¡Oh, qué decepción! ¡Qué oprobio!)

ROSA. Me han preguntado una cosa,
Gaspar, muy rara, enojosa.

GASPAR. ¿Quién?

ROSA. El padre de mi novio.
Me ha preguntado si tengo
en un Banco asegurada
mi dote.

CASPAR. Y has dicho...

ROSA. Nada.
Como en eso no intervengo.

GASPAR. (Ap.) (Oh, me espanta y me estremece
tanta infamia.) (En voz alta.) Pues bien, dí
que es sagrado para mí
lo que no me pertenece.

ROSA. Lo diré...

GASPAR. Pronto.

ROSA. Á María
dile que salga. La gente,

en voz baja y maldiciente,
yo no sé lo que decía.
De disgustos y de enojos...

GASPAR. Saldrá, sí.

ROSA. Bien lo deseo.

(Desaparece por la primera de la derecha.)

ESCENA IX.

GASPAR.

Cuervos de salón. Ya os veo
cebaros en mis despojos.
Hoy os ofrezco, total
y completa diversión,
pues os brindo la ocasión
de comer bien y hablar mal.
Quieren saber de qué suerte
recibo el golpe afrentoso...
El pueblo es así... Va ansioso
á ver el reo de muerte. (Pausa.)
El dilema abrumador
me espanta con su evidencia.
Si liquido... la indigencia.
Si me fugo... el deshonor,
y por uno y otro lado
la desgracia. De este modo
bien puedo aceptarlo todo,
pues que he de ser desdichado.

.....

Sin embargo, es preferible
lo que no deshonre. Haré
(Mirando al salón.)
mis pagos, y os probaré
que permanezco insensible.
Es más grande mi valor
que mi pena. Ya vereis
como al fin admirareis
lo que resulte mayor.
Y al mostraros mi entereza,
tan solo os daré ocasión
de ver, que es mi corazón

más grande que mi pobreza.
y os asombrareis mirando
que voy la vida perdiendo,
como el gladiador sonriendo
y como el sol deslumbrando.
(Desde el fin del monólogo hasta la terminación de la escena, hablará Gaspar con la excitación propia de su estado.)

ESCENA X.

PABLO y MARÍA.

GASPAR. María. (Llamando por la primera izquierda.)
MARIA. ¿Qué quieres?...
GASPAR. Vas
á aumentar el esplendor
de esa fiesta; lucirás
tus joyas que brillen más
y que deslumbren mejor.
MARIA. Estoy enferma, estoy triste.
Mi condición, que es honrada,
esas farsas no resiste.
GASPAR. ¿Pues entonces, ¿qué aprendiste
de esas gentes?
MARIA. De *esas*, nada.
GASPAR. Pues ello tiene que ser
aunque te falte valor.
MARIA. ¿Qué sucede?
GASPAR. Lo peor
que pudiera suceder;
mi ruina, mi deshonor:
que no hay crédito en mi caja,
que el mundo, de gozo lleno,
vierte en mi alma su veneno,
y en fin... la marea baja,
que huye el mar y sale el cieno. (Pausa.)
¡Y así recibes, María,
esta nueva tan horrible?
¡Permaneces impasible
ante la desgracia mía!

MARIA. Si el remedio no es posible,
¿qué he de hacer?... Si tú, Gaspar,
por tu especial condición
sólo buscas mi razón
porque no sabes pulsar
las fibras del corazón.
Si tú, con la socorrida
excusa de tu decoro,
y con instinto suicida,
dás la vida por el oro
y no el oro por la vida.
Si buscas adulaciones
de gentes propias y extrañas,
y el calor de tus pasiones
sólo brilla en las arañas
que decoran tus salones.
Si tú ignoras que el hogar
ofrece al alma consuelo;
dicha que saben gozar
las aves al encontrar
más dulce el nido que el cielo.
Si tu afán tan sólo cuida
de amontonar un tesoro,
dejando el hogar sin vida.
Si por ser el puñal de oro
no es menos grave la herida.

GASPAR. ¿En mi hogar, qué te faltó?

MARIA. No es eso: Si aquí podemos
vivir bien; felices, no:
que en un lecho no cabemos
tú, la vanidad y yo.

GASPAR. Tú procura obedecer.
Ira mi pecho rebosa
que no puedo contener.

MARIA. ¿Ves?... (Reconviniéndole.)

GASPAR. (Como justificación de su lenguaje.)
Al fin eres mi esposa.

MARIA. Tu esposa, no; tu mujer.
Porque la unión conyugal
ni la afirma, ni la aduna
la conjunción material,
sino la fusión moral

que hace de dos almas una.
(Con viveza.)

GASPAR. Cuantos bienes he gozado
con largueza te he ofrecido;
á tus plantas han rodado,
y si no los has tomado
será porque no has querido.
Hoy que hay luchas que afrontar
y dolores que sufrir,
no los debes esquivar:
si no me ayudaste á reir
ven á ayudarme á llorar.
Ven, que la gente murmura;
ven, que dicen que temblamos:
ven, y oculta tu amargura,
á ver si les sonrojamos
con nuestra falsa ventura.
Aun con esfuerzo violento
muéstrate alegre y jovial.
Ataja su pensamiento
y acabe por un momento
este divorcio moral.
(Á lo lejos aparecen por el foro Pablo y Fernando.)
Fuera tu humilde atavío;
tu modestia inaguantable.

ESCENA XI.

DICHOS, FERNANDO y PABLO.

GASPAR. Esta joya miserable
y pobre... (La coge y la rompe.)
(Gaspar lastima la mano de María al quitarle la pulsera con violencia.)

MARÍA. ¡Jesús!

FERN. ¡Dios mío!

GASPAR. Adelante. (Disimulando.) Es que se hirió
con su pulsera... Yo ví
esto mismo, y la rompí
por el daño que causó.

PABLO. Ya ves nuestra casa honrada
con Fernando. (Á Gaspar.)
FERN. (Ap.) (Está llorosa.)
MARIA. Me retiro...
(Hace mútis después de saludar con una inclinación de cabeza.)
FERN. (Ap.) (Más hermosa
cuanto más desventurada.)
GASPAR. He tenido, don Fernando,
gran placer al verle aquí.
(Se va Gaspar por la puerta del salón.)
FERN. Gracias.
GASPAR. Voy por allí
porque me están esperando.
(Ap.) (Me es enojoso pensar
el que Pablo ha de pedirle...)
PABLO. (Ap.) (Yo no sé cómo decirle...)
FERN. (Ap.) (¿De qué me tendrá que hablar?)

ESCENA XII.

PABLO y FERNANDO.

PABLO. Sorpresa te habrá causado
mi carta...
FERN. De ningún modo.
Yo de usted lo espero todo,
aun lo más inesperado.
PABLO. ¡Bah! Tú como los demás:
Hazme ciento y no hagas una,
y ya como si ninguna
me hubieras hecho.
FERN. Jamás
se borran ciertos dolores,
pues dentro del alma anidan
siempre.
PABLO. Tampoco se olvidan,
Fernando, ciertos favores.
Y si me guardas rencor,
que hablemos más es ocioso.
FERN. No, yo no soy rencoroso,
pero justo, sí señor.

Yo sus consejos seguí,
y por ellos inspirado,
cuenta corriente he llevado
á lo que hizo usted por mí.
En el *Debe* le *cargaba*
las penas y los dolores,
y en el *Haber* los favores
y alegrías que me daba.
Al fin, como es de rigor,
nuestras cuentas he cerrado
y... ¡Ay, don Pablo! Ha resultado
un gran saldo á mi favor.
Porque una sola partida
asentada por su cuenta,
sabe usted que representa
el activo de mi vida.
Y este medio tan sutil
usted me lo aconsejó.
Ahora sí que tengo yo
espíritu mercantil.

PABLO. Jamás hubiera pensado
que dieras tal importancia
á esas cosas de la infancia...
de muchacho enamorado.

FERN. Sin importancia...

PABLO. Ninguna.

FERN. Pues, por ellas cometió
mil infamias, y arraigó
á mi costa su fortuna.

PABLO. ¡Infamias!

FERN. Si lo sé todo.
Si al ver que no recibía
las cartas que yo escribía
su hija de usted, busqué el modo
de que un amigo viniera,
y aunque vino tarde, habló
con María, y conoció
la farsa ruín y artera
que usted había fraguado,
diciendo á su hija María
que despreciarme debía
porque yo estaba casado.

Y más tarde, al convencerse
María de lo ocurrido,
ya era Gaspar su marido
y tuvo que someterse.
Y después de padecer
cinco años en mi aislamiento,
sin borrar del pensamiento
el amor de esa mujer,
con ligereza insensata
se empeña usted en llamarme,
para que pueda enterarme
de que ese... hombre la maltrata,
hiriendo sin compasión,
con golpe grosero y duro,
el sentimiento más puro
que guarda mi corazón.
No lo vuelva usted á hacer,
porque si llego á mirar
que la vuelve á maltratar,
sin poderme contener,
me llego á él, y le golpeo,
y ciego por el enojo,
le alzo, en el suelo le arrojo,
y el cráneo le pisoteo.

PABLO. Veo que tu afecto es
extraordinario, profundo.

FERN. Para usted acaba el mundo
donde acaba el interés.

PABLO. Yo no pude presumir
que tal perjuicio causaba.

FERN. No lo dudo.

PABLO. Procuraba
daros un buen porvenir.
Y no hay un padre siquiera
que entre un banquero y un chico,
sin medios aun, al más rico
para su hija no prefiera.

FERN. Su equivocación, hoy día,
bien la deplora.

PABLO. Quizás.
(Ap.) (Este chico aprendió más
de lo que yo suponía.)

FERN. Gaspar está arruinado.
PABLO. Cómo, ¿tú subes? (Con asombro.)
FERN. Lo sé.
PABLO. Pues bien, tú pudieras...
FERN. ¿Qué?
PABLO. Salvarme... Estoy agobiado.
FERN. Yo por ella, un paraiso
quería y... ¡Oh desengaño,
hoy veo que sufre el daño
que usted evitarle quiso.
PABLO. ¿Te espanta su ruina?
FERN. Sí.
PABLO. Pues por eso mismo yo,
cuando Gaspar la pidió,
al más rico preferí.
Y esas palabras abonan
lo que tú en mí censuraste.
Gracias, al fin razonaste
como los padres razonan.
FERN. Pues ya que es tan contingente
la fortuna; ¿por qué no,
en sus dudas, prefirió
al amor que es permanente?...
Yo por su hija lo daría
todo, todo; más pensar
que se aproveche Gaspar,
el verdugo de María;
pensar que yo voy á ser
el que le haga subsistir
para que pueda seguir
maltratando á esa mujer;
pensar que á quien me robó
vida, paz, dicha, esperanza,
ahora por noble venganza
le haga venturoso, yo,
que yo calme su inquietud,
que yo sacie su egoismo...
ni tengo tal heroismo
ni hay quien tenga tal virtud.
.....
Yo podré olvidar su acción,
y desechar mis rencores;

y en eso hallan sus favores
natural compensación.

PABLO. (Ap.) (Me aplastó... Yo esperaré...)
(Á Fernando.) Conste que de todos modos
olvidas...

FERN. Sí...

PABLO. Ven... ya todos
están allí dentro.

FERN. Iré...
en seguida.

PABLO. Pero...

FERN. Nada,
no insista.

PABLO. (Ap.) (Me derrotó.
Este muchacho le dió
al maestro cuchillada.)
(Se va Pablo por la puerta del salón.)

ESCENA XIII.

FERNANDO.

¡Qué miré cuando he llegado,
que mi corazón aun siente
el espanto del creyente
que ve su Dios ultrajado!...

. . . . . .

Y ¡qué hacer!... Mi amor sincero
la deshonra, y es *maldito*
mientras su enlace *bendito*
ha sido un negocio artero.
Ciertos hechos, en verdad,
para que se acepten bien,
necesitan que les den
un baño de santidad.

. . . . . .

ESCENA XIV.

FERNANDO, GASPAR, poco después PABLO.

GASPAR. (Apoyándose en la puerta primera de la derecha, por donde aparece.)
No puedo más. Con pretexto

de mi esposa les dejé;
á mi pesar me encontré
nervioso, inquieto, molesto.
Mas vencí, sin duda alguna;
ya no me podrán decir
que he temblado al presidir
el duelo de mi fortuna.

.....

(Advirtiendo la presencia de Fernando.)
¡Ah, Fernando, ¿usted no quiso
honrar la sala?

FERN. Esperaba
á Pablo. (Aparece Pablo.)

GASPAR. Aquí está.

PABLO. (Yendo hacia él.) Deseaba
verte...

GASPAR. ¿Vuelvo?... (Ap. á Pablo.)
(Pablo y Gaspar sostienen aparte este rápido diálogo.)

PABLO. No es preciso.

GASPAR. ¿Al fin le hablaste?

PABLO. Le hablé.

GASPAR. ¿Callaste mi nombre?

PABLO. Sí.

GASPAR. ¿Cuál fué el resultado, dí?

PABLO. Esperemos... que aún no sé.
(Se escucha que tras la parte derecha de la escena una multitud un prolongado aplauso.)

GASPAR. ¿Qué es eso?

ESCENA XV.

DICHOS y ROSA.

ROSA. Já... já... Venid
á oir la improvisación
de Enrique... Á la reunión
la lee de nuevo... Oid.
(Suena de nuevo el aplauso.)
El poeta se ha inspirado
en el triste resbalón
de Manuel, y hace alusión
á un banquero arruinado.

Diré que la lea aquí.

PABLO. Escucha, Rosa, detente...

GASPAR. (Á Pablo.) ¡Oh! no seas imprudente,
Fernando te oye... (Á Rosa.) Vé... sí...
(Sale Rosa.)

PABLO. (Á Gaspar.) Es insidiosa y cruel
y no hay calma que resista...

GASPAR. ¿De ese poeta... murguista
líterario?... ¡Pobre de él!

ESCENA XVI.

DICHOS, ROSA, ALONSO, ENRIQUE, GARCÍA, después MARÍA.

ROSA. Lea la composición
aquí, en *petit comité*. (Á Enrique.)

ALONSO. ¿Su hermana?...

ROSA. La llamaré.
¡María! (Llamándola.)

ENR. (Ap.) (Buena ocasión.)

MARIA. ¿Qué pasa? (Saliendo.)

GASPAR. (Á Enrique.) Me han elogiado
sus versos.

ALONSO. Muy aplaudidos.

FERN. ¡Desdichada! (Mirando á María.)

ENR. Recibidos
con cariño y con agrado...

GASPAR. Yo mismo los leeré.
Les tengo mucha afición.
Á ver... (Ap.) (Calma, corazón.)

PABLO. (Por Enrique.) ¡Qué cinismo!
(Gaspar coge el papel de manos de Enrique.)

ENR. (Ap.) (Me vengué.
Veremos si ahora dirá
que es necia mi poesía.)

GASPAR. Comienzo: «Filosofía
»del porrazo.» ¡Já... já... já! (Risa forzada.)
(Leyendo.) «Nadie se acierta á explicar
en qué pueda consistir
la comezón de reir
viendo al prójimo rodar;

sin embargo, yo imagino
que eso de reirse al ver
que otro cae, debe ser
risa de orígen divino.
Febo sintió desconsuelo
porque en derredor veía
siempre luz, siempre armonía,
siempre gloria y siempre cielo.
Y desde la escelsa cumbre
retembló al choque bravío
del oleaje del hastío
contra el foco de su lumbre.
Icaro quiso ascender
á su altura, y escalar
los cielos, sin sospechar
que era muy fácil caer;
y llegó donde pudiera
llegar de la nube el vuelo,
yendo camino del cielo
con unas alas de cera.
Pero cuando el sol miró
la audacia de aquél mortal,
con su lumbre celestial,
las alas le derritió.
Y en tanto que descendía
en rápido torbellino
Icaro por el camino
que en la inmensidad abría,
exparció el sol su mirada
desde su excelso palacio,
y resonó en el espacio
la primera carcajada.
Y nosotros los mortales
que tal ejemplo tenemos,
nos reimos cuando vemos
rodar á nuestros iguales.
Y los facciosos vencidos,
y los banqueros quebrados,
y los grandes humillados,
son los Icaros caidos.
Es con ellas despiadada
la multitud, y á medida

que es más grande la caída
es mayor la carcajada.
Y es un gozo sin igual;
como ese gozo no hay dos;
es la alegría de un Dios
viendo caer á un rival.

GASPAR. ¡Ah! (Ap. con enojo.)

ROSA. Muy bien. (Aplaudiendo.)

GARCIA. (Ap.) (La procesión,
no hay duda que va por dentro.)

ENR. ¿Qué tal?

GASPAR. Pues aun les encuentro
que tienen poca intención.
Dedíqueme usted á mí
la poesía.

ENR. Lo haré.

FERN. (¡Qué crueldad!) (Ap.)

PABLO. (Ap.) (Evitaré.)
¿Vamos al tresillo?

ENR. y ALONSO. Sí.

(Pablo les acompaña hasta la puerta del salón y vuelve junto á Gaspar. Todo rápido.)

FERN. (Me vengan.) (Ap.)

GASPAR. (Ap.) (Dios mío.)

ROSA. (Á Gaspar.) ¡Estás
muy pálido!

GASPAR. (Á Rosa.) ¡Qué tormento!
No aumentes mi sufrimiento.

ROSA. ¿Qué ocurre?

GASPAR. Ya lo sabrás.

(Rosa, Gaspar y Pablo forman un grupo en el que hablan todos en voz baja con mucha animación.)

FERN. (A María.) ¿Y esta es toda la ventura
que tu padre te ofrecía?

MARIA. Por Dios, Fernando.

FERN. María.

MARIA. No aumentes más mi amargura.
Mira mi llanto correr.

FERN. Pronto le voy á enjugar.
(Se dirige hacia Pablo y le dice aparte.)
Mi fortuna por calmar
la aflicción de esa mujer.

PABLO. ¿Accedes?
FERN. Sí, si.
PABLO. Esa acción,
¡cómo poderla premiar!...
FERN. Yo no puedo presenciar
esto. (Se va.)
MARIA. (Ap.) (¡Qué gran corazón!)
PABLO. Gaspar, Fernando ha accedido
á la petición aquella.
¡Qué alma tan noble y tan bella!
GASPAR. ¿Y él sabe que yo lo pido?
PABLO. Sabe tu situación,
y á pesar de esto se expone...
GASPAR. Pues si á mí me lo propone
le arrojo por un balcón.
¡Darme limosnas á mí!
PABLO. ¿No accedes?
ROSA. ¡Gaspar!
GASPAR. Jamás.
PABLO. Tú responsable serás
de lo que suceda aquí.
MARIA. Pero...
GASPAR. Yo acepto mi suerte
y á sufrirla me acomodo.
ROSA. ¡Hermano!
PABLO. ¡Gaspar!
GASPAR. Un modo
hay de acabar.
PABLO. ¿Cuál?
GASPAR. La muerte.
MARIA y ROSA. ¡Qué!
GASPAR. No me aterra
su imágen.
PABLO. Me haces temer...
GASPAR. Como el rayo he de caer,
desde las nubes á tierra.
PABLO. Tu resolución fatal
me espanta.
MARIA. ¡Calma!
GASPAR. Imposible.
En el mundo es preferible
morir bien á vivir mal.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un gabinete en casa de Gaspar elegantemente amueblado; puertas laterales; al foro el despacho de Gaspar; entre la primera y segunda puerta izquierda, una chimenea encendida; en el foro, á la izquierda, un *secretaire*.

ESCENA PRIMERA.

ROSA y PABLO.

PABLO. Al fin pude, con prudencia,
desvanecer en Gaspar
su deseo de cortar
el hilo de su existencia.
Pero yo aún temo.

ROSA. ¡Por Dios!

PABLO. No te alarmes. Esperemos
con calma.

....

ROSA. Nada podemos
remediar nosotros dos.

PABLO. Esa duda es excusada
por mi parte. Tú pudieras
hacer algo... si quisieras...

ROSA. ¡Yo! ¿Cómo?

PABLO. ¿No entiendes?

ROSA. Nada.
PABLO. Pues es de tal evidencia
que huelgan explicaciones:
tú lo verás, si es que pones
la atención en tu conciencia.
ROSA. Diga usted...
PABLO. No puedo tanto.
Hay cosas que aconsejadas
no brillan; vienen forzadas
y pierden todo su encanto.
ROSA. Yo no acierto á comprender
el alcance ni el valor
de eso...
PABLO. (Ap.) (*Mal entendedor
el que no quiere entender.*)
.....
¿Tu casamiento?... (Á Rosa.)
ROSA. Aplazado
por tres días.
PABLO. (Con ironía.) Gran tributo
á su aflicción y gran luto
moral por lo que ha pasado.
El remedio viene á ser
olvidar la aflicción vieja,
mientras la nueva se deja
poco á poco envejecer.
Pero esto se aviene mal
con vuestro afán impaciente,
y creéis más pertinente
comenzar por el final.
ROSA. ¡Don Pablo!
PABLO. Tú eres su hermana
y debieras consolarle.
En cambio vas á dejarle
de la noche á la mañana.
No faltará quien arguya
viendo tu boda, hija mía,
que comienza tu alegría
en donde acaba la suya.
ROSA. Á mi novio le acomoda...
y yo no he de replicar.
¡Dónde vamos á parar

si hay disgustos en la boda!

PABLO. Yo no dígo nada: creo
que no falte quien lo diga.

ROSA. Pero mi novio me obliga.

PABLO. (Ap.) Atracción del himeneo...)

.....

Siento, pues, que no aplaceis
el enlace proyectado,
y que tan triste y aislado
al pobre Gaspar dejeis.

ROSA. ¿Y usted?

PABLO. Á mí me es preciso
ausentarme...

ROSA. ¡Usted se ausenta!

PABLO. Ya ves tú, se me presenta
un negocio de improviso.

ROSA. De sentencias no hice acopio
como usted, pero sé al menos
llorar los duelos ajenos
y aliviar el duelo propio.
Mas esto, con su egoismo,
no puede compaginarse,
y opta usted por dedicarse
enteramente á sí mismo.

PABLO. ¡Rosa!

ROSA. Deje usted que siga
el ejemplo que me dió.
(Remedando el tono que antes empleara D. Pablo.)
Esto no lo digo yo,
mas puede que alguien lo diga.

PABLO. ¡Qué escucho!

ROSA. Habrá quien arguya,
observando lo que pasa,
que las ruinas de esta casa
son cimiento de la suya.

PABLO. ¡Jesús! Nunca sospeché...
Dudo lo que oyendo estoy.

ROSA. ¿Usted cree que yo soy
como su hija?...

PABLO. (Con ironía.) Ya lo sé... (Pausa.)

.....

Yo no quiero ser gravoso
cuando puedo trabajar.
Mis ganancias, con Gaspar,
compartiré generoso.

ROSA. Pues, de igual manera, es llano,
que no quiero ser gravosa;
y como usted, generosa,
brindo mi casa á mi hermano.

.....

PABLO. Bajo ese punto de vista,
es un paso circunspecto.

ROSA. Y usted, bajo cierto aspecto,
no me parece egoista.

PABLO. Ní por mí tuvo reveses,
ni yo he intervenido en nada.

ROSA. Yo siempre estuve alejada
de la cuestión de intereses. (Pausa.)
Voy á ver si hay un criado
que me pueda acompañar.

PABLO. ¿Dónde?

ROSA. Pues, voy á almorzar
con la familia de Aguado.
Hasta luégo.

ESCENA II.

PABLO, después GASPAR.

PABLO. En mi sentir
no puedo hacer otra cosa.
¡Ay, y cuán dificultosa
es la ciencia de vivir!
Y yo tengo que ausentarme
brevemente, y he citado
á Fernando, que ha quedado
hoy mismo en venir á hablarme
del negocio. Por fin veo
que rompes tu soledad... (Á Gaspar.)

GASPAR. Ya siento necesidad
de hablar con alguien.

PABLO. Lo creo.

.....

(Gaspar se sienta en un sillón. Pablo se aproxima, y le dice:)
María está en un estado
que me alarma y que me altera;
se puso ayer de manera...
en fin, que me da cuidado.

GASPAR. Yo veré... (De pronto.) ¡Ah! Lee.
(Le da unos periódicos Se levanta del sillón.)

PABLO. La reseña.
de la reunión pasada.

GASPAR. ¡Gran manjar! Mi alma angustiada
que á la multitud se enseña.

. . . . . .

(Gaspar se sienta abrumado otra vez, cubriendo su rostro con ambas manos. Pablo se aproxima á él después de una breve pausa, y le dice:)

PABLO. Pues yo, hijo, debo partir.
(Gaspar levanta bruscamente la cabeza.)
Fernando me proporciona
un negocio... en Barcelona...
¡Ah! si tú quieres venir...

GASPAR. Gracias. (Con amargura.)

PABLO. Al pronto, no digo
que un gran negocio será;
pero si la empresa dá...
Ya sabes... cuentas conmigo.

GASPAR. Lo sé...

PABLO. (Con prontitud.) No quiero agobiarte
Cuando de lo necesario
careces... por el contrario,
si puedo, pienso ayudarte.
(Vuelve Gaspar á cubrir su rostro con las manos. Pablo se aleja por breves momentos y se aproxima de nuevo á Gaspar.)
Con tu afán de derrochar
es muy difícil vivir.
Tú te afanas por lucir,
yo me afano por guardar.
Yo sé el dinero lo que es,
y sé lo que vale un duro,
y sé que si está seguro
el duro vale por tres.

Ayer cifrabas tu empeño,
en ser rico, lo alcanzaste,
y satisfecho juzgaste
para tí el mundo pequeño.
Entonces tu vanidad
tomó distinto sendero;
pensaste con tu dinero
asombrar la sociedad.
Más tarde, tu afán es doble
y tu vanidad ansiosa,
busca una mujer hermosa
y además de esto, ser noble.
Y finalmente, excitada
tu vanidad, pretendías
demostrar que te reías
de tu quiebra inesperada,
despreciando el beneficio
que Fernando quiso hacer,
acaso sin comprender
lo grande del sacrificio.
Ya que vas constantemente
tu vanidad trasformando,
pues que la estás aplicando
donde juzgas conveniente,
pónla en ser franco y sencillo,
en vivir bien, satisfecho,
con alegría en tu pecho
y dinero en tu bolsillo;
puesto que la vanidad
es lo mismo que la cera
que la trabaja cualquiera
con mucha facilidad.

GASPAR. Me das lo que puedes darme,
la espalda y consejos. (Con enojo y desdén.)

PABLO. Pero,
¿qué he de hacer? Acaso quiero
yo solo beneficiarme.
Me estás poniendo nervioso
con tu extraña sangre fría.
¿Sabes aquí quien podría
hacer algo provechoso
en tu obsequio?

GASPAR. ¿Quién?
PABLO. Tu hermana,
si más corazón tuviera
y por nuestra suerte fuera
algo menos casquivana.
Ella debe á lo que entiendo
sacrificarte la dote,
y no sostenerse á flote
en este naufragio horrendo.
Debes indicarle...
GASP. ¡Yo!...
PABLO. Ó alguna persona amiga...
¿Deseas que se lo diga
yo mismo?
GASPAR. No, Pablo, no.
Si tan noble sacrificio
su corazón le inspirara,
yo por ver'o, renunciara
al placer del beneficio;
pero no quiero jamás
poner á prueba su amor.
Pablo, renuncio al dolor
de otro desengaño más.
.....
Ya veo el mundo cual es,
sus farsas horror me inspiran.
Si eres pobre no te miran,
si eres rico nada ves.
PABLO. Las once.
(Saca su relój, mira la hora y se dirige al foro donde se pone el sombrero que estará sobre una silla.)

ESCENA III.

DICHOS y ROSA con sombrero y traje de calle.

ROSA. (Corriendo junto á su hermano.) Vengo, Gaspar,
á darte un abrazo... Voy
á casa de Paca... hoy
me convidan á almorzar.
PABLO. (Bajando del foro y viendo á Rosa.)

Hola, tú aquí.

ROSA. ¿Qué? los dos
salimos?...
(Los dos con el sombrero puesto están cada uno á un lado de la butaca donde permane Gaspar.)

PABLO. (Algo contrariado.) Psí...

ROSA. ¿Me acompaña?

GASPAR. (Ap.) (¡Oh, qué angustia tan extraña.)
(Mirándolos alternativamente.)
Id con Dios. (Con ironía.)

PABLO. Pero...

GASPAR. (Con enojo.) Id con Dios.

PABLO. ¿Deseas?...

GASPAR. (Con despego.) Que me dejeis.

PABLO. Á dejarte no me avengo
si no dices...

GASPAR. ¿Lo que tengo?
Nada.
(Aludiendo á su ruina y con profunda amargura.)
Nada... Ya lo veis.
(Gaspar se aleja sin volver el rostro.)

ROSA. ¿Á qué viene esto?

PABLO. Lo ignoro...
y me apena...

ROSA. Él es así...
¿Conque me acompaña?

PABLO. Sí.
(Ap.) (Qué he de hacer... Yo lo deploro,
paciencia.)

ESCENA IV.

CRIADO 1.°, CRIADO 2.° y GARCÍA.

CRIAD. 2.° La señorita
me dijo que la esperara,
para que la acompañara
á casa de doña Rita.

CRIAD. 1.° (Aparece por la izquierda acompañando á García.)
Hoy don Pablo me ordenó
que nadie entrara, esceptuando

al señorito Fernando,
á quien él mismo citó.
Más como usted es de casa.

GARCIA. Te equivocas.

CRIAD. 1.° ¡Qué!

GARCIA. Yo vengo
á despedirme. No tengo
nada que ver...

CRIAD. 1.° ¿Pues, qué pasa?

GARCIA. Muchas cosas.

CRIAD. 1.° Yo he sabido...

GARCIA. Voy á entrar.

CRIAD. 1.° Le anunciaré.

GARCIA. Nada de eso. ¿Para qué?
si esto ha dado el estallido.

(Entra por la puerta que se supone da acceso á la habitación de Gaspar. Los dos Criados tienen acento gallego.)

CRIAD. 1.° ¿Oyes lo que ha dicho Antonio?

CRIAD. 2.° Ya ves, *donde no hay harina...*

CRIAD. 1.° Es verdad; *todo es mohina*
y se lo lleva el demonio.

ESCENA V.

DICHOS y FERNANDO.

FERN. ¿Y don Pablo, está?...

CRIAD. 1.° Se fué,
pero no debe tardar.
¿Si usted le quiere esperar,
su despacho?...
(Señalando á la segunda puerta derecha.)

FERN. Esperaré.
(Fernando entra en el despacho de Pablo.)

CRIAD. 1.° Yo he hablado con el portero
y de todo me ha enterado.

CRIAD. 2.° ¿Qué hay?

CRIAD. 1.° Que el amo está tronado.

CRIAD. 2.° ¿Qué?

CRIAD. 1.° Qué no tiene dinero.

.....

(No deben olvidar los actores el marcar bien el acento gallego.)
Los muebles se han de vender,
los amos se han de marchar,
y él se pondrá á trabajar
y la señora á coser.
En el *convento* nos queda
de vivir tan solo un día.
¡Ya ves tú, quién lo diría!...
¡Todo este palacio rueda!...
La señora, varios sustos
nos ha dado...

CRIAD. 2.° Pues ¿qué tiene?

CRIAD. 1.° Vahidos... delirios...

CRIAD. 2.° (Con tono de grave autoridad.) Proviene
todo eso, de los disgustos... (Pausa.)

.....

CRIAD. 1.° Los pezcozones aquellos
el amo bien los pagó;
uno la suerte le dió
que vale por todos ellos.

CRIAD. 2.° ¡Gran trabajo debe ser!...

CRIAD. 1.° Yo, me ahorro ese trabajo,
que he nacido tan abajo
que no me puedo caer.
Fuma. (Le da la petaca á su amigo.)

CRIAD. 2.° ¡Hombre!... (Con reparo.)

CRIAD. 1.° Ya has oído
que el señorito García
hace un momento decía
que esto ha dado el estallido.
(El Criado 2.° toma la petaca y comienza á encender su cigarro; el Criado 1.° se sienta en un sillón, golpeándolo con las manos.)

CRIAD. 2.° Pero, Blas, estáte quieto.
Esas son locuras vanas.

CRIAD. 1.° Es que ya tenía ganas
de faltarles al respeto.
(El Criado 1.° toma al 2.° la cerilla encendida, y la arroja en el centro de la sala.)

.....

Mil veces me regañó,

me llamó *bruto*, *insolente*,
y el amo á la hora presente
es tan bruto como yo.
Estos muebles, con qué esmero
me los hacía limpiar;
todo para ir á parar
á las manos de un prendero.

CRIAD. 2.° Es verdad; esto se fué.
Ya no tengo duda alguna.

CRIAD. 1.° Él no encontrará fortuna,
y yo amos encontraré.

CRIAD. 2.° Pues mira, mientras que llega
la hora de que nos despida,
un día de vida, es vida.
Vámonos á la bodega.

CRIAD. 1.° Ahora no tengo reparo.
Ya *no hay dinero.*
(Como justificación de lo anterior.)

CRIAD. 2.° Este es
el mundo.

CRIAD. 1.° Justo. Ven, pues.
Si nos riñe; me descaro.
Como pagarnos no pueda,
al amo no tengo ley,
que yo reconozco al rey
porque brilla en la moneda.
Vamos, Antonio, ven pronto
y bailaremos un tango,
que este mundo es un fandango
y el que no lo baila un tonto.
(Se van los Criados. Fernando aparece por la puerta del despacho. Con lentitud y con gran preocupación.)

FERN. Cuanto... tarda. Sin querer
favorece mi intención.
Se me presenta ocasión
para verla, y la he de ver...
Quien es dueño de María
en absoluto, y sin tasa:
él con su cuerpo en su casa,
ó yo con su alma en la mía.
.....

Lo que pretendo, es horrible,
pero abandonarla ahora,
que padece, sufre y llora,
es más; es inconcebible.

.....

Yo quise sacrificarme,
quise acallar sus lamentos,
ahogando mis sentimientos
y queriendo dominarme.
Pero tan noble camino
se me cierra. Vamos, pues,
no reflexiono: esta es
nuestra suerte; nuestro sino.
Surge á mis ojos triunfante
su hermosura idolatrada.
Si me desprecia... ¡qué honrada,
y si me escucha!... ¡qué amante!

.....

ESCENA VI.

FERNANDO y MARÍA.

MARIA. Siempre vivo y obstinado
su recuerdo... ¡Cuán sonriente
brilla en mi dolor presente
la ventura del pasado.
(Al encontrarse los dos, María retrocede.)

MARIA y FERN. ¡Ah!

FERN. ¡Huyes!... ¿Te causo pavura?

MARIA. No...

FERN. Sí. Mis ojos lo vieron
y tu ingratitud sintieron
á la par que tu hermosura.

.....

¿Quién te ultraja?... ¿Quién te hiere?
¿Y quién te impuso el deber
de huir del único ser
que en este mundo te quiere?
¿Lloras? ¿Temes algo?

MARIA. Sí.

FERN. ¿Qué? ¿De tu esposo el rigor?

MARIA. Es más grande mi temor.

Vete... ¡Que me temo á mí!...

FERN. ¡Ah!

(Se aproxima anhelante hacia ella, pero María le contiene con un ademán digno y grave. Breve pausa.)

¿Qué pudiste pensar
cuando se desvanecieron
las imposturas que urdieron
para unirte con Gaspar?...
¿No sentiste compasión
por nosotros? ¿No lloraste?
En tu esposo, ¿no miraste
más que al marido, al ladrón?
Responderás que es sagrado
vuestro himeneo, que aquél
acto de enlazarte á él
ante Dios se ha consumado;
pues es fuerza que repares
elevando el pensamiento
que está el Dios del firmamento
sobre el Dios de los altares.
Os enlazásteis los dos
ante el mundo; moralmente,
no, y el que lo diga miente.
Tú eres mi esposa ante Dios.

MARIA. ¿Cómo?

FERN. Ante el Dios infinito,
ante el que todo lo sabe,
ante ese Dios que no cabe
en un templo de granito. (Pausa.)
Yo veo que, en conclusión;
lo que aquí ha ocurrido es llano,
que él ha pedido la mano
y yo pedí el corazón;
y como debe juntar
ambas cosas para ser
esposo de una mujer,
el que la quiere lograr
ambos iguales estamos
sin tu posesión aquí,
que él contigo y yo sin tí
los dos sin tí nos quedamos.

Mas tu unión un pacto ha sido
que se fundó en su riqueza,
si ahora vive con pobreza,
queda el pacto rescindido.
En tanto que lo cumplió
lo he sabido respetar,
mas hoy vengo á reclamar
la dicha que me robó.

MARIA. ¿Y eres tú, Fernando, aquél
hombre de conciencia honrada,
digna, justa, reposada,
siempre noble y siempre fiel?
¿Es tan profunda la herida
de tu alma, que se ha agotado
tu nobleza, el más preciado
atributo de tu vida?
Díme pronto que no es cierto
y que tu amor no consiente,
que si te he llorado ausente
haya de llorarte muerto.

FERN. ¡Por Dios!

MARIA. Si tu amor profundo
es sagrado para tí,
y lo degradas así...
¿Qué respetas en el mundo?...
Quieres que tenga la audacia
de herir en la adversidad
á ese hombre, y la maldad
de cebarme en su desgracia.
Tú pretendes que yo pueda
acrecentar su dolor
profundo; robar su honor,
único bien que le queda.
¡Gran cuadro! Su honra en el cieno:
yo manchando mi virtud:
tú sufriendo la inquietud
de quien roba el fruto ajeno...
¿Y á quién?... Á quien se derrumba
en la miseria llorando;
á un hombre que está dudando
entre el hogar y la tumba.
Tan brutal avilantez

7,95 1201

me diera... asco.

FERN. ¡Ah... sí... sí...
Perdón... perdón... Vuelve á mí;
te necesito, honradez.
Nunca las almas sintieron
regocijo tan extraño.

.....

¡Ay, y cuán dulce es el daño
que tus palabras me hicieron!

MARIA Te reconozco, al hablarme
así. Ya no temo nada.
Eres aquél alma honrada
á quien puedo confiarme.
¿Juras que no volverás
á verme?

FERN. Sí, yo lo juro...

MARIA. ¿Juras que tu amor es puro
como siempre; que jamás
has de envilecerle?...

FERN. Sí...

MARIA. Ahora puedo, sin temor,
decir cuán grande es mi amor,
Y todo lo que sufrí.

.....

Ni un solo instante, María,
se ha olvidado de Fernando.
En mi soledad llorando
te llamaba y te veía.
Como preciado tesoro,
tus recuerdos conservaba
y aun entre sueños gritaba:
¡ven, Fernando, yo te adoro!
Si supiera que podía
muriéndome poseerte,
pronto llegara la muerte
en hombros de mi alegría.
¡Te adoro, te quiero mucho,
más que á mi padre!

FERN. ¡Dios mío!

MARIA. Ya ves, cuando te desvío
de mí, si padezco y lucho.
No sabes con qué ansiedad

aguardaba este momento
de moral esparcimiento
y franca sinceridad.

.....

Ya, por fin, tranquila estoy.
Déjame.

FERN. ¡Mi bien amado!...

MARIA. ¿Dudas? ¿Ó has interpretado
mal mi franqueza?

FERN. (Después de una lucha muda.) Me voy.
Adios, María, jamás
llegarán á tí mis quejas.
(Pausa.) Hoy de tu lado me alejas,
y hoy te quiero mucho más.

MARIA. ¡Ay, cuán felices los dos
hubiéramos sido!...

FERN. (Con pasión.) Es cierto.
Mi bien...

MARIA. (Conteniéndose y conteniéndole.)
Nuestro amor ha muerto.
(Pausa en que se pone de manifiesto la violencia de esta separación.)

FERN. ¡Adios, alma mía!

MARIA. ¡Adios!...

ESCENA VII.

MARÍA.

Ya todo... ya todo acaba
de alejarse. Ya perdí
todo lo que pretendí,
todo lo que deseaba.
Y qué me queda entretanto,
aquí en mi casa, ¡Dios mio!
en el alma mucho frío,
y en los ojos mucho llanto.
Pero al nublar mi pupila
no nublará el corazón
esta cándida expresión
de una conciencia tranquila.
Gaspar, si aun puede tu esposa

serlo, lo será sumisa;
si no es posible, es precisa
la separación honrosa.
Calma, pues, calma tu inquieto
latir... (Poniéndose una mano sobre el corazón.)
Honrada ó amada...
¿he optado por ser honrada?
pues lo seré por completo.
Ni aun sus cartas... quiero verte,
noble pasión, extinguida:
si mi amor les dió la vida,
mi deber les dá la muerte.
(Se retira por la puerta de su habitación.)

ESCENA VIII.

GARCÍA.

García cruza la escena con el sombrero puesto, desde la última puerta del foro (habitación de Gaspar) hasta la primera derecha, por donde se harán las salidas. El actor cruzará la escena con las manos en los bolsillos, la cabeza baja, y sin mirar al público; de suerte que no se detenga mientras dice la redondilla, y la termine entrando ya por la primera puerta de la derecha.

Lo siento; más quien comparte
sus angustias... Esta es
la existencia... Vamos, pues,
con la música á otra parte.

ESCENA IX.

GASPAR.

Viendo desde el umbral de la puerta desaparecer á García.

Hasta mi valor se aleja
de mi pecho. Me quedaba
sólo este adicto, y acaba
de despedirse... y me deja,
(En el centro de la escena.)
Nadie ha sentido por mí

un afecto personal;
fué la atracción del metal
la que les condujo aquí.
Ya nadie quiere adularme:
mi hermana, Pablo, García,
mis amigos... y María
tampoco ha venido á hablarme.

.....

¡Ay, cómo me martiriza
esta verdad ruda y fiera.
Ayer brillaba y fuí hoguera,
hoy no brillo y soy ceniza.
Ayer con mucha ansiedad
buscaban calor en mí,
y ahora me dejan aquí
solo con mi frialdad.

.....

(Súbitamente y con rencor.)
Todos están esperando
que me mate, y yo por eso
no me mato. Mi proceso
sólo Dios lo está fallando.
Aquí en mi hogar no podemos
vivir mi mujer y yo.
¡Siendo rico no me amó,
ahora, ¡cómo viviremos!
Hoy mi desventura abona
su desvío. Puede ir
si así lo quiere, á vivir
con su padre á Barcelona.
No quiero afecto fingido
ni resignación forzada,
ni mujer que esclavizada
viva odiando á su marido.

.....

Es más, es más, es probable
que juzgue que soy un ente
necio, poco inteligente,
vulgar, en fin, despreciable.

.....

¡Dios mío, qué siento yo!
¡Qué rencores y qué enojos!

Hay lágrimas en mis ojos.
¿Yo llorar? ¡Nó, nó, eso nó!

ESCENA X.

MARÍA con un paquete de cartas en la mano y un retrato. GASPAR no puede verla porque está vuelto de espaldas. Ella tampoco repara en él.

MARIA. Al fuego joyas preciadas
de mis amores de ayer,
hoy al soplo del deber
marchitas y deshojadas.
(Cuando las va á arrojar en la chimenea encendida, se detiene, las mira, las besa, y después de los detalles que la actriz crea oportunos, abre una de las cartas y lee lo siguiente:)
«Si yo fueran les suspiros
»que se escapan de tu pecho,
»no cruzara por tus labios
»tan de prisa como ellos.» (Con temor.)
¡Ah! Gaspar.
(Esconde las cartas y el retrato en el bolsillo, y la carta que ha leido la estruja en la mano.)

GASPAR. Ven, ven aquí...
Te he de hablar... ¿Qué tienes?
(Se sienta María en una butaca y Gaspar en una silla á su lado.)

MARIA. (Procurando calmarse.) Nada...

GASPAR. Estás nerviosa... ¡exaltada!...

MARIA. Es que...
(Cuando María va á responder, Gaspar la interrumpe diciendo:)

GASPAR. ¿Qué piensas de mí?
Responde...

MARIA. ¿Qué he de pensar?...

GASPAR. (Interrumpiendo de nuevo á María.)
No es verdad, que es muy horrible;
si esto parece imposible...
Imposible... ¡Ay Dios!... (Se levanta.)

MARIA. ¡Gaspar!

GASPAR. (Se sienta.) Vamos... habla... quiero oir

lo que piensas... Habla ya,
que de lo que digas va
pendiente tu porvenir.

MARIA. (Con frialdad y temor.)
Gaspar, tienes de la vida
un concepto muy extraño,
y eres causa de tu daño
é instrumento de tu herida.
Vive en calma... Olvida, pues,
á esos necios... vanidosos
de tu esplendor envidiosos...

GASPAR. Envidiosos... eso es.

MARIA. ¡Tú no vivíste jamás
esa vida silenciosa
con descuido de la odiosa
inspección de los demás;
sin que el infelíz te ultraje,
ni te envidien los felices?...
¿No es verdad?

GASPAR. ¿Cómo? ¿Qué dices?...
Perdóname... me distraje.

MARIA. Gaspar...

GASPAR. (Nervioso.) Perdona...

MARIA. Decía
que es muy dulce la humildad.

GASPAR. Puede que sea verdad.

MARIA. Escúchame.

GASPAR. Habla, María.

MARIA. Hoy me asomé á una ventana
ansiosa de un elemento
puro, como el firmamento
ó el soplo de la mañana.
Por la calle discurrían
un hombre y una mujer
que obreros mostraban ser
por los trajes que vestían.
Él, de estatura jigante
la faz por el sol tostada,
la barba negra y poblada
y áspero y duro el semblante.
Ella, de simpar belleza,
y su adorno reducido

á un mantón, un mal vestido
y un pañuelo en la cabeza.
Un niño, á uno y otro daba
sus manos, entre los dos:
unión bendita por Dios,
y que un ángel confirmaba.
De improviso el rapazuelo
distraido tropezó,
pero su padre impidió
que rodara por el suelo.
Alza al niño el hombre rudo,
y el niño, asustado, grita,
moviendo su manecita
sobre aquel rostro velludo.
El hombre, con dulce voz,
darle consuelo procura,
y á la paternal ternura
cede su aspecto feroz.
Calmar al niño pudieron,
y su risa parecía
fuente de dulce alegría
donde sus padres bebieron.
Y con el rapáz divino,
juguetón y sonriente,
se alejaron lentamente
prosiguiendo su camino.

GASPAR. Bien. (Con frialdad.)

MARIA. ¿No hubieras envidiado
esa dicha, esa ternura?

GASPAR. Psi... con toda su ventura
podría ser mi criado...

(Se escucha á lo lejos, por breves momentos, una banda de guitarras y bandurrias, ejecutando un aire aragonés.)

MARIA. ¿Oyes?...

GASPAR. Me agrada...

MARIA. ¿No siente
tu alma emoción misteriosa?
Ves, esa gente es dichosa
y pobre.

GASPAR. Sí... pobre... gente.

MARIA. Gaspar...

GASPAR. Debes perdonarme;
se exalta mi fantasía,
porque... (Transición brusca.)
¿Qué opinas, María.
¿Podré rehabilitarme?
MARIA. Sí... sí. (Ap.) (Es inútil la lucha.
Su corazón insensible,
conmoverle, no es posible,
¡Qué hacer! ¡Ah! Quizás...) Escucha:
Desgracia y valor, á un tiempo
unidos se pueden ver;
y el hombre de más valer
sufrir puede un contratiempo.
GASPAR. Es verdad.
MARIA. Tú lo has sufrido;
y aquellos que te adularon,
porque pobre te encontraron,
dan tu grandeza al olvido.
GASPAR. Cierto.
MARIA. Mas no ve esa gente
que aun guardas tu condición
de antes; que es tu corazón
noble, tu alma inteligente.
GASPAR. Sí... sí. (Con rapidez.)
MARIA. Que aun puedes vencer.
GASPAR. Sí.
MARIA. Que les has de asombrar.
GASPAR. Eso...
MARIA. Que habrás de triunfar
y que ellos lo habrán de ver.
Y ya que buscas en vano
quien mitigue tu tormento,
yo romperé tu aislamiento
y yo estrecharé tu mano.
Te ayudaré en la venganza
que preparas á esa gente,
y seré quien alimente
el fuego de tu esperanza.
Y tras las humillaciones
de la lucha y la agonía,
lujo, fausto y alegría,
banquetes y reuniones:

Hasta que veas después
con la victoria orgulloso.
que ese mundo veleidoso
viene á postrarse á tus piés.

GASPAR. Pero sueño, ó es verdad
lo que escucho. Tú, mujer,
ser mi apoyo. ¡Tú, querer
darme la felicidad!...
¡Qué dulcisimo consuelo
á mi alma diste, María;
cuando hablabas parecía
que me estaba hablando el cielo!
Calmaste la desventura
constante que envenenaba
mi vida: tu voz acaba
de animarme.

MARIA. (Ap.) (¡Qué amargura!
Dentro de sú corazón,
sólo orgullo; el sentimiento
se agotó.)

GASPAR. Dí....

MARIA. (Ap.) (¡Qué tormento!
Valor y resignación.)

GASPAR. ¿Tú me ayudarás?
(Cogiéndola la mano donde tiene la carta.)

MARIA. (Ap.) (¡Ah!) (Á Gaspar.) Sí.

GASPAR. Eres buena.

MARIA. (Ap.) (Què congoja.
¿Esta carta quien lo arroja?...)

GASPAR. ¿Pero qué te ocurre? ¿dí?...
¡Estás agitada!

MARIA. ¡Yo!

GASPAR. ¿Por qué te afanas y alteras?
Yo no quiero que te mueras,
María, no quiero, no.
Llamaré... (Se aleja por breves momentos.)

MARIA. ¿Qùe espero ya?
Ruedo por el precipicio
de mi virtud... Sacrificio,
sé completo. Al fuego.
(Gaspar la sorprende. Las cartas caen en la chimenea
escepto el retrato y una carta que caen al suelo.)

¡Ah!

GASPAR. ¿Qué es esto?

MARIA. ¡Yo te diré!...

GASPAR. ¡Cartas! ¡Ah! ¡Qué estoy mirando!
El retrato de Fernando!...
(Con dignidad y energía.)

MARIA. Restos son que yo guardé
de aquél sagrado ideal;
y puesto que tú has perdido
el tuyo, todo al olvido:
cese el divorcio moral;
cese este doble adulterio
que en las almas estrivaba
por el cual dulcificaba
mi angustioso cautiverio.
Mi rival fué tu riqueza,
tu lujo, tu ostentación,
tus ensueños, tu pasión,
tu poder y tu grandeza.
En cambio mi fantasía
con otro ideal soñaba;
este:
(Agitando en sus manos el retrato de Fernando.)
que representaba
puro amor, dulce alegria.
Como ya eres pobre, arguyo,
que mi rival he perdido
y por lo tanto decido
que también pierdas el tuyo.
Hoy vienes á padecer;
hoy puedes necesítar
el cariño del hogar
y te lo quiero ofrecer.
Cesen nuestros ideales
y sea testigo Dios.
(Arroja la carta y el retrato al fuego.)
Solos quedamos los dos.
Gaspar; ya estamos iguales.

GASPAR. Ah, mi bien... Yo no me atrevo
á creer... Yo no sabía
tu grandeza... ¡Ven María!
¿Qué es esto?... Un afecto nuevo.

MARIA. El amor. (Se abrazan.)

ESCENA XI.

DICHAS y PABLO.

PABLO. ¡Cielo divino!
¡Qué veo! ¡Lo creeré!
(Vamos, cuando los casé
no hice tan gran desatino.)
Si domina tu razón
la vanidad, sois felices.
GASPAR. Yo no sé si lo que dices
es una exageración;
pero si la vanidad
es lo mismo que la cera,
que la trabaja cualquiera
con mucha facilidad;
yo mi vanidad pondré
en que me quiera María,
porque yo no conocía
el bien que en ella logré.
PABLO. Es mi hija.
(Con cierto orgullo y satisfacción.)
MARIA. Gaspar...
GASPAR. Te juro
que contigo he de triunfar.
(Le abraza de nuevo.)
que ya empiezo por lograr
este tesoro seguro.

FIN.

Nomb.	Mujer.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administración
1	2	Por causa de mi hijo	2	Adolfo Gil Porro	Todo.
»	»	Un Cupido de cien años	2	Augusto E. de Mádan	»
5	7	A casa con mi papá	3	Mariano Pina	»
»	»	El agua de remozar	3	Augusto E. de Mádan	»
»	»	El bandido incógnito	3	José Sanchez	»
7	3	El crímen de Faverne	3	Malvar y Chas de Lamotte.	»
»	»	El deber de un hombre honrado	3	F. Barbero	Mitad.
»	»	El herrero de Chateaudun	3	Malvar y Chás de Lamotta.	Todo.
8	5	El hijo del Rastro	3	Roque F. Yzaguirre	»
»	»	La comedia del mundo	3	Augusto E. de Mádan	»
»	»	La fiebre del día	3	Rafael Torromé	»
8	2	La ley de la fuerza	3	Valentín Gómez	»
»	»	La ley ante la conciencia	3	Antonio del Cosso	»
»	»	La dama de las Camelias	3	Luis Valdés	»
»	»	La inquisición en Venecia	3	José Sanchez	»
5	4	La torre dels Cadells	3	Pablo Montellá	»
»	»	Peraltilla.—c. o. v.	3	Augusto E. de Mádan	»
»	»	Pold.—d. a. p	3	José Sánchez	»
4	2	Religión ó fanatismo.—d. o. p.	3	Justo Rodríguez Alba	»
4	3	Vivir de milagro.—c. a. p.	3	Navarro y Rivero	»
»	»	Wilfrida.—d. o. v.	3	Augusto E. de Mádan	»

ZARZUELAS.

3	6	Á mata caballo	1	Sres. Garcia Valero y Jimenez.	L. y M.
»	»	De Madrid á la Luna	1	Cuenca y M. y T. Grajal	L y M
»	»	Cantar de plano	1	Casimiro Espino	1|2 M.
12	7	El arte del torco	1	Monasterio y Parra	L.
»	»	El himno de Riego	1	F. Fresneda	1|2 M.
»	»	El club de los feos	1	Rubio y Espino	M.
»	»	El grito en el cielo	1	Granés Navarro y Breton	L. y M.
13	4	El país de la castaña	1	Lastra, Ruesga, Prieto, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	El premio gordo	1	Rubio y Espino	M.
»	»	El teatro nuevo	1	Pina, Granés y Rubio	L. y M.
5	1	El Triunvirato	1	Soriano y Such	L. y M.
»	»	Fuegos artificiale	1	Vicente G.ª Valero	L.
5	1	Juanito Tenorio	1	Salvador M.ª Granés	L.
3	2	Juegos Icarios	1	Mariano Pina	L.
4	2	La ópera española	1	Eguilaz y Guerrero	L.
»	»	La niña de los lunares	1	Tomás Gómez	M.
»	»	La sobrina de mi tía	1	Francisco Sedó	M.
»	»	La vida madrileña	1	Pina D. y Offenbach	L. y M.
7	3	La pequeña vía	1	Merino, y M. y T. F. Grajal.	L. y M.
9	4	La puerta del infierno	1	Delgado y Jimenez	L. y M.
»	»	Les estrenes	1	Sorirno y Such.	L. y M.
3	2	Maniá per lo italiá	1	Soriano y Such	L. y M.
11	2	Manicomio político	1	Granés, Grajal y Gómez	M y 1|2 L.
4	2	Mister Puff	1	Fambuena y Cortina	L, y M,
3	2	Monomanía italiana	1	Soriano y Such	L. y M.
4	2	Muerto el perro	1	Monasterio y Hernández	L. y M.
»	»	Pasados por agua	1	Flores G.ª y Cabas Galván.	L. y M.
4	3	Pepete	1	Soriano y Peidró	L. y M,
»	»	Se afeita á domicilio	1	Monasterio y Hernandez	L. y M.
3	2	Ser y no ser	1	Soriano Ximenez	L. y M.
6	1	Se puede?	1	Granés, Arenas y Nieto	L. y M.
»	»	Toros en Vallecas	1	G.ª, Parra, Gascón y Hernz.	L. y M.
»	»	Tres y repique	1	Rubio y Espino	M.
4	1	Tula	1	Salvador M.ª Granés	L.
5	6	Vista y sentencia	2	Granés, Bretón y Gomez	L. y M.
»	»	Cadiz	2	Burgos, Chueca y Valverde	L. y M.
4	2	En el nombre del padre	2	Navarro, Granés y Rubio	L. y M.
»	»	La Comedianta	3	Pina y Rubio	L. y M.
4	2	La casa del diablo	3	Soriano y Ximenez	L. y M.
»	»	Cleopatra	3	Mádan y Triay	L.
»	»	Pablo y Virginia	1	Mádan y Triay	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simon y Compañía*, calle de las Infantas; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martin 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, *n.º* 12, y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS.** PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO.** ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio: 2 pesetas.